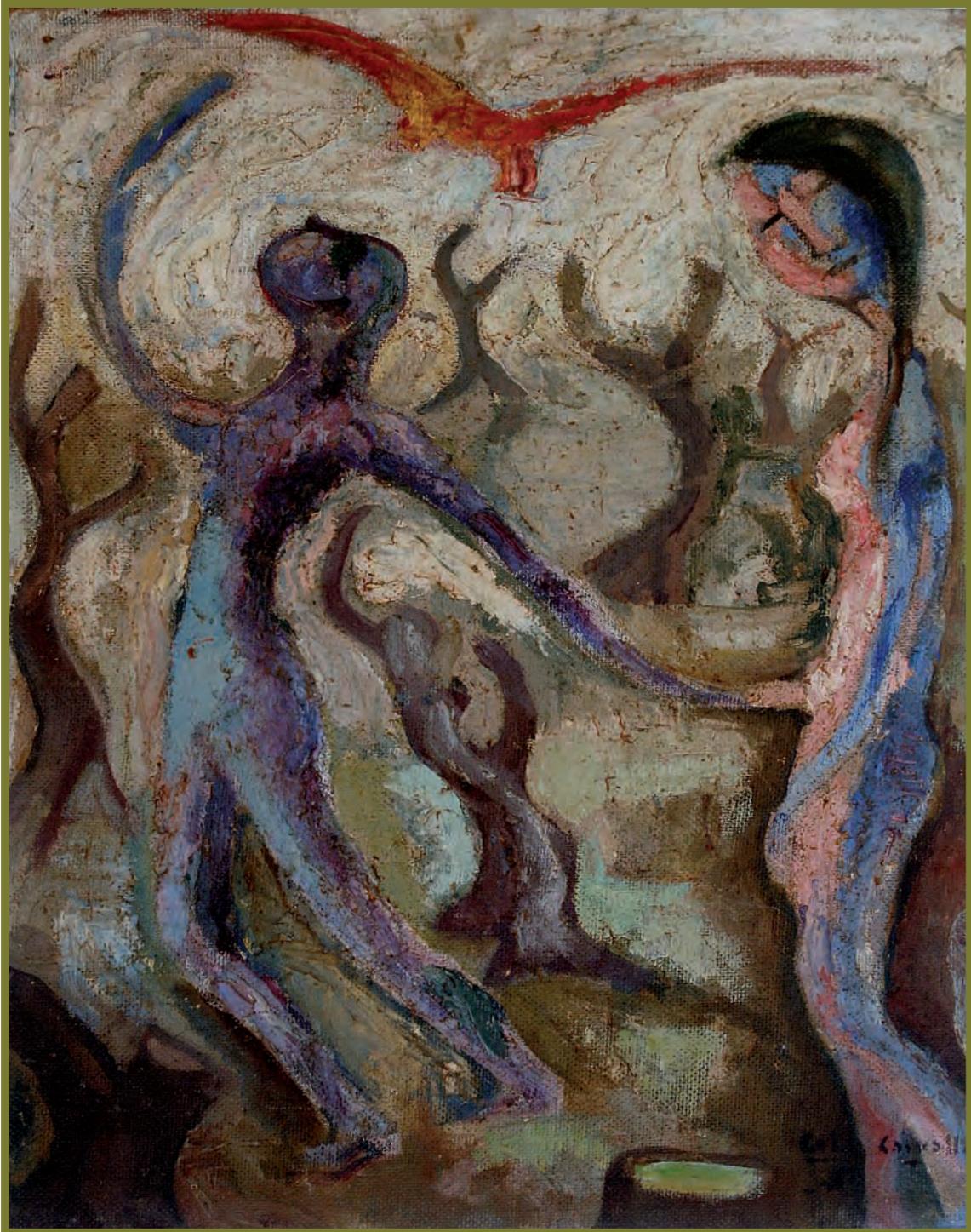


Preludio a la siesta de un ciudadano común
Prelude to the afternoon of a common citizen

Roberto G. MacLean U. *
<http://dx.doi.org/10.21503/lex.v10i10.226>

* Doctor en Derecho, abogado de Estado por el Perú ante la Corte Internacional de Justicia, consultor, árbitro y conferencista internacional.

Lex



Pareja.

RESUMEN

Todos los organismos con vida en el planeta, comparten por lo menos siete características en común que los identifica como seres vivos: crecimiento, nutrición, excreción, locomoción, reproducción, respiración y respuesta a los estímulos del entorno, que permite adaptarse a los cambios de circunstancia en cada entorno, para sobrevivir como individuos y evolucionar como especie. Estas características o funciones son gobernadas- en la especie humana y otras especies de la macrofauna- por el cerebro, en la interacción con el entorno que nos rodea, y se desarrolla – a través de los sentidos- en siete etapas que son: percepción de los estímulos que ponen en actividad el sistema fisiológico del instinto de conservación, su identificación que los singulariza particularmente, la limpieza de interferencias sensoriales que deforman, obstruyen o impiden el proceso perceptivo, la administración de nuestras percepciones hasta llegar al conocimiento de la experiencia sensorial que hemos percibido y administrado, la expresión oral, con gestos, ademanes, sonidos o signos que comunican este hecho como anuncio, advertencia o preludio a una acción o conducta que responden a la interrogante, desafío o enigma que nos informa el estímulo que hemos percibido. En la especie humana la expresión que anuncia esta respuesta la hacemos -por lo general pero no únicamente- en palabras, que son sonidos o signos convencionales que no tienen existencia propia, sino como mensajes que comunican informaciones sensoriales que condensan en una clave que las resume, pero que hay que descifrar -como quien abre el sobre de una carta- para entender y comprender el mensaje que transmiten. Este ensayo es un juego sobre este proceso fisiológico, pero es un juego en serio, sobre las deficiencias de comprensión del lenguaje ordinario, detectadas y comprobadas en decenas de talleres, seminarios y trabajos de campo, principalmente con jueces, y, muy ocasionalmente, con funcionarios públicos de mando medio, durante proyectos de reforma judicial en países de habla española, que han comprobado la propensión en la mayoría de los jueces en todos los niveles, y en académicos de prestigio a no entender bien los hechos de un caso –especialmente cuando sufren de interferencias sensoriales están fuera del libreto que repiten como una rutina- y que perciben, identifican, descifran, administran, exponen y traducen en conductas que son incoherentes con el estímulo sensorial que inició la función sensorial y la procesan como un juego de palabras cruzadas, llenando los espacios en blanco; y no como una realidad abierta a todas las posibilidades, pero que ignoran -y se refleja, típicamente, en altos índices de pobreza- (en el Perú 39%) desigual participación (más de 70% de informalidad legal, y menos de 30% en la aprobación del desempeño de los jueces en el sistema de justicia) y patrones de interacción –en las autoridades o el ciudadano común- que se defienden del entorno o lo desvalijan; antes de haber hecho el intento serio de interactuar directamente con éste - de igual a igual-, porque también nosotros somos parte del entorno que nos da miedo enfrentar y sucumbimos (por falta de disciplina al no saber reconocer el efecto Pavlov, ni atrevernos a tratarlo de igual a igual y ponerlo en su sitio: y todo esto sólo porque ni

siquiera podemos entender bien- sino sólo repetir de memoria- lo que dice la letra de un bolero popular).

ABSTRACT

All living organisms in our planet, share at least seven common features that identify them as such: growth, nutrition, excretion, locomotion, reproduction, breathing and responding to the environment. These allows them to adapt to the, ever changing, circumstances in each new environment, whether in order to survive as individuals and evolve as species. In humans, and in other species of the macro fauna, these functions of our interaction with the environment are governed by the brain and developed through our senses in, basically, seven stages, which are: perception, identification, cleaning of common interferences, administration that concludes with the knowledge or confirmation acquired from the new experience, its expression to others -as an announcement, warning or threat of an action or behaviour- that is the only coherent response to a message from the environment. In humans most of the expressions that announce or prevent an action, are sounds or signs used as symbols that condense an experience, whether emotion or situations, lived with our senses. And in our time, generally but no necessarily always, those sounds or signs are what we have been calling for centuries and even millenniums, with the name of: words. but we must open these conventional sounds or signs -like we open the envelope of a letter- to decipher the code that translate in order to understand and comprehend the meaning of the sensorial emotion, circumstance or situation they convey to us. In this sense the present essay is a game; but a very serious game mind you, that is noa joke, about persistent deficiencies detected in scores of workshops, seminars and field works, mainly with judges of all levels, but also, occasionally, with middle level public officials and, once in a blue moon, with willing academics. In all of these occasions the same deficiencies were confirmed by perceptions dealt, identified, managed and administered like in a game of crosswords, in which you only have to fill the blank spaces after given a code for their meaning, by someone that prepared and knew the “correct” answer. That is something that does not happen in real life where each situation is different with a meaning open to many possibilities in which – some of them- nobody knows the answer or even if there is an answer at all, for it. and that makes all the difference, revealed by high poverty indexes (in Perú 39%), lack of community participation and commitment (in Perú more than 70% of legal informality), poor perception of the performance of judges by public opinion (an average of only 20% of approval), and patterns of their interaction with the economical, social, political and cultural environments marked by patterns by both authorities or common citizens either of defense or plunder rather of reciprocal on the basis of an equal relation for the benefit of both (and all of these, only because we are not able even of understanding the meaning of the words in an old popular song like “Nosotros”, used as a test in this essay).

Para recordar, en paralelo y en silencio, el poema de Stéphane Mallarmé “La Siesta de un Fauno”, que inspiró a Claude Debussy su “Preludio a la Siesta de un Fauno”, fue interpretado como danza de ballet, por Vaslav Nijinsky, y celebrados por Claude Monet y Marcel Proust.

*¿Tenía unas ninfas! ¿Fueron un sueño? No.
Me abrasa aún en el aire inmóvil de la tarde,
los límpidos rubíes de sus senos,
y bebo de mis ansias*
(Stéphane Mallarmé. “La Siesta de un Fauno”)

(Ritos de exorcismo y curaciones para amarrar parejas, sanar del “susto”, proteger contra “el mal de ojo” e iniciar al ciudadano común en la plenitud de su incertidumbre para adiestrar sus sentidos físicos, viviendo sin miedo su libertad, respetando, pero sin reclamar privilegios, la voluntad general de los pueblos y aceptando, como otro ciudadano más, igual a todos, la justicia que Dios defiende).

Las inteligentes y divertidas explicaciones de la mujer del alcalde a su marido para que entienda bien, y de una vez por todas, de qué tratan la fisiología de las percepciones, el lenguaje y la cultura de la justicia en “nosotros”, que somos libres, porque somos muy sinceros y nos queremos tanto.

En la pequeña plaza del pueblo, todas las mañanas, a las doce, se reúnen los hombres más connotados de la localidad y los jóvenes más brillantes, para conversar antes del almuerzo. Y, a las seis de la tarde, para lo mismo antes de la comida. A las diez de la mañana y a las cinco de la tarde, también se reúnen para cambiar noticias e intimidades, las mujeres más respetables de la comunidad así como las jóvenes más bonitas. Los sábados en la mañana se juntan todos, hombres y mujeres, jóvenes y muchachas, para competir en jornadas deportivas; en la tarde, departir en veladas culturales; y en la noche, compartir, en grupos, fiestas con comidas y músicaailable de moda.

El tema de las conversaciones no encasilla necesariamente en lo que las apariencias podrían llevar a suponer, dada la calidad de las personas. Porque, aunque parecen dedicar la mayor parte de su tiempo a intercambiar experiencias o ideas para resolver los problemas del pueblo; o los sábados, los probables resultados de los partidos de vóleybol, fútbol, o las competencias de carreras, lanzamientos o saltos; en la tarde sobre los últimos libros llegados al pueblo, nuevas películas, o programas interesantes de la televisión; y en la noche, los nuevos ritmos y grupos musicales, o cuáles de las parejas bailan mejor, en realidad no es nada de eso lo que les toma el tiempo. Porque, la verdad sea dicha, y sin ánimo de ofender a nadie, lo que en verdad ocurre es que la mayor parte se la pasan inventando chistes a costa del alcalde del pueblo, hombre respetable, trabajador y honrado. Y esta mala costumbre duró muchos años y se convirtió como en vicio para los del pueblo en que el alcalde fue reelegido varias veces, hasta que fue él quien tuvo que pedir su cambio para poder dedicarle más tiempo a sus propios asuntos personales.

Pero, fueron tantos los chistes que inventaron para reírse —algunos de ellos muy graciosos, pero otros, la mayoría, no tanto, sino algunos de mal gusto, y uno que otro hasta francamente groseros—, que una mañana, mientras las señoras conversaban en la plaza, una de las amigas más íntimas le preguntó a la esposa del alcalde, delante de las demás, si de verdad su marido no se molestaba con los chistes a costa suya. Y todas se acercaron para escuchar bien la respuesta. Pero, lo que dijo debió de haberlas dejado desilusionadas. Porque dijo que su esposo tenía muy buen sentido del humor —lo que se dice tener “mucho correa”— y que se reía muchísimo con ellos, a veces, al punto de no poder contenerse la risa hasta salirle lágrimas de tanto reírse. Pero, una de las amigas, aún incrédula, le insistió en voz baja: “¿De verdad nunca, nunca, se ha molestado?”. Y la esposa le respondió con la naturalidad habitual: “Tanto como nunca, nunca, no. Algunas veces se ha molestado, se ha molestado mucho, incluso hasta ponerse furioso. Pero, fue solo cuando se los pude explicar y entendió lo que querían decir”. Y cuando, muertas de curiosidad, le insistieron pidiéndole que contara cómo hizo para que por fin el alcalde entendiera, y hacer ellas lo mismo con sus maridos, esto fue lo que les dijo palabra por palabra, con puntos y comas: “Escucha, mi amor, para que entiendas de una vez lo que te pasa y no te vuelva a ocurrir más”:

1. En esto consiste la cultura

*-¡Oscar! Me trata usted como si fuera una prostituta.
-Marquesa, le aseguro que no fue mi intención ofenderla
Porque trato a las prostitutas como si fueran marquesas.
(Oscar Wilde)*

a) **La realidad sensorial que llamamos “cultura”** no consiste sino en hábitos o patrones de conducta con los que respondemos a los estímulos sensoriales que logramos captar de los cientos o miles que llegan del entorno todo el tiempo, y que en algunos lugares y situaciones, hieren nuestra sensibilidad de manera particular o nos golpean por dentro con alegrías, penas o locura enamorada. Y que, al adquirir un grado de estabilidad confiable erosiona —de a pocos—, la agudeza de nuestros sentidos y reflejos nerviosos que defienden al instinto, antes de solidificarse con características propias que se puedan reconocer entre una multitud semejante, y son las que nos diferencian a unos de otros porque definen nuestra identidad, única e irrepetible. Son el resultado íntimo de nuestra interacción individual entre la identidad genética que llevamos por dentro, y el entorno que compartimos fuera de nosotros con un grupo, comunidad, género, especie, y hasta con el misterio mismo de la vida. En suma, constituyen la esencia y rasgos propios del alto riesgo y la incomparable aventura de estar vivo como una persona única, y compartiendo los desafíos de un entorno común. Es en este insospechado y último reducto biológico, donde se decide el patrón común que nos define como seres vivos a seres humanos, bacterias, insectos, helechos, ballenas grises, palmeras, cisnes de la tundra, naranjas o albatros imperiales. Pero es la fisiología la que conecta estos rasgos comunes que definen la vida, y nos distingue de las herramientas que empleamos y nos ayudan a mejorar nuestra calidad de vida; que, a veces, confundimos con la vida misma: ya sea en el lenguaje, la lógica, las matemáticas, la literatura, la música, el arte, la mecánica, la ingeniería, las religiones, la botánica, la astronomía o la energía atómica, que son, todas, ya parte de nosotros y de nuestra vida diaria, pero como otro hábito práctico más, que no puede tener otra vida que la que le podamos prestar para usarla en provecho nuestro; ni otra identidad que la borrosa que suplanta y confundimos, muchas, muchísimas veces, con la de un organismo con vida del que esperamos en vano lo que no puede darnos ni recibir nada de nosotros. Como le ocurrió a Pigmalión o al doctor Copelius, es decir, no puede crecer, alimentarse, evacuar, desarrollarse, reproducirse, comunicarse ni responder a los estímulos del entorno, en la permanente interacción que significa el arriesgado y azaroso enfrentamiento, que genera la evolución de la vida, en los individuos de la especie humana y en todas las demás especies animales y vegetales que habitan el planeta azul que hemos llamado Tierra, y en el que a juzgar por las evidencias, este tipo particular de vida que mencionamos y reconocemos, apareció por primera vez hace por lo menos hace tres mil ochocientos cincuenta millones de años, inicialmente como bacterias, que todavía constituyen la biomasa más antigua, la más resistente y hasta hoy la todavía dominante en el planeta.

b) **Pero, esta aparente simplicidad no solo puede resultar sino ser falsa desde su inicio,** si no tomamos en cuenta que no se trata de un solo acto aislado, arbitrario o casual, como también puede ocurrir y, de hecho, ocurre a veces. Sino que es parte de un proceso largo y mucho más complejo, que nos envuelve, enreda, confunde y afecta, como si se tratara de un

genio milagroso y mágico que se ha escapado del encierro en su botella verbal o conceptual y que no logramos reducir de tamaño para volverlo a meter en su botella, entenderlo, y explicarlo con la misma simplicidad original.

i. Lo que ocurre es que la gran cantidad de elementos heterogéneos que lo componen, sin tener aparente conexión, orden o coherencia unos con otros, no son parte del paisaje y clima paralelos que nos han enseñado a enfrentar para vivir artificialmente —protegidos en la incubadora civilizada o ciudadana de un “súper yo”, que, según Sigmund Freud, vive impostado en el instinto— sino del otro natural, sensorial, nervioso, muscular e inesperado que, de algún modo incomprensible, nos hace la vida más fácil y feliz en sus dificultades imprevistas, en su sorpresiva soledad insospechada y en sus más duros, insolentes, dolorosos y dulces desafíos. Siendo todos tan altos para trepar, tan grandes para agarrar solo con los dedos, las manos y los brazos, tan fuertes e imposibles de vencer cuando los miramos a distancia; pero si nos acercamos para verlos sin miedo ni odio nos devuelven la simplicidad de su mansedumbre sensorial prístina, que es parte de nuestra especie y de cada uno de nosotros, que la llevamos por dentro en el cerebro, que es el gobierno ejecutivo de todos los aspectos de nuestra vida, no solo los que discriminamos como cerebrales, sino también el imperativo sexual, el hambre, el frío, la digestión, las proezas físicas o los estados de ánimo con lágrimas o risas en abundancia, que también son cerebrales. Hasta el “Amor” y la “Belleza” son producto exclusivo y marca registrada del cerebro humano. Una frase feliz de Paolo Coelho, que viene al caso, para decirlo de una manera hermosa, dice: “El amor no está en el otro, está dentro de nosotros mismos. Nosotros lo despertamos, pero para despertarlo necesitamos del otro”. Y, por supuesto, lo mismo nos ocurre con ver, oír, oler, saborear, tocar, o hablar y escribir palabras como “Lenguaje”, “Justicia”, o “Dios”, que son un acto cerebral, porque solo son nombres en clave para condensar diferentes etapas naturales en el proceso sensorial de vivir, parte de la rutina diaria del cerebro, durante el muy largo y difícil, o instantáneo y muy fácil, proceso que se inicia a partir del estallido de una percepción que —como si fuera un cernícalo, rata almizclera o un gato montés— ha logrado capturar un estímulo sensorial, al que identifica y luego administra por resultados, para digerirlo como otro nuevo conocimiento y otra experiencia más, que anuncia con sonidos audibles o signos que sean visibles para compartirlos con los demás, pero que solo puede culminar en respuestas coherentes traducidas a conductas. Solo conductas, que son su único destino sensorial.

ii. Por ejemplo, si al poner inadvertidamente la mano sobre una plancha muy caliente, sentimos un dolor agudo y muy penetrante que nos aturde hasta lo más hondo del sistema nervioso en el cerebro, y nos hace gritar de dolor pero retiramos de inmediato la mano — con un movimiento brusco— de la plancha que la está carbonizando. Pero, si en lugar de retirar la mano de inmediato, y aceptar la ayuda de un médico, no movemos la mano de donde está ardiendo adolorida y comenzamos, mientras tanto, a quejarnos, a pensar en el

grave daño y dolor horrible que sufrimos: pedimos la bibliografía que hay disponible sobre quemaduras para estudiarla a fondo, y organizar un simposio de especialistas, una conferencia de funcionarios públicos encargados de estos problemas, un lápiz y un papel para describir lo que sentimos, y exigimos del gobierno —con determinación— suministrar los fondos suficientes para organizar el simposio en que vamos a discutir el problema, para lo que se requiere el nombramiento de muchos más médicos y enfermeras que se ocupen de estos injustos sufrimientos y calmen la tortura de los dolores que causan las quemaduras; pero todo esto sin retirar por un segundo la mano que se carboniza en la plancha ardiente. Esta reacción nos revelaría que hay algo que no es natural ni coherente en la manera como funciona nuestro cerebro durante este dramático incidente que puede no ser de interés general para todos los ciudadanos, si se trata de solo incidentes aislados. Pero, si ya se ha convertido en una plaga que ya se ha propagado a una mayoría de la población que lo considera un evento normal, porque “así ha sido siempre” o, “porque esto ya no lo compone nadie”, “porque no es práctico”, y “porque en nuestro país todos son unos mediocres”. Con seguridad los médicos especializados o los psicólogos sociales pueden explicar, en detalle pormenorizado, la causa científica de esta anomalía y decirnos cómo remediarla. Pero, este fenómeno también debe ser evidente, para el ciudadano común, que es síntoma de una alteración epidémica, en las percepciones sensoriales, identificación, interferencias, administración desordenada de nuestras percepciones, en la expresión manifiesta pero incomprensible o en la alteración del orden instintivo de las prioridades, si un ser humano o animal —antes de intentar cualquier otra cosa— no retira de inmediato la mano de la plancha ardiente y la sumerge en un recipiente con agua fría o en un ungüento calmante. Pero, esto no es lo que ocurre con la mayoría de ciudadanos, abogados, juristas y jueces, para todos quienes el pronunciado declive en aumento progresivo —y a contramano del resto de actividades en el país durante los últimos quince años— es normal mantener la palma de la mano sobre una plancha ardiente que nos llasta la piel, causa daño a los músculos y desbarata las conexiones de nuestro sistema nervioso. Pero, eso es lo que va a ocurrir si nos negamos a escuchar a otros o a hacer de inmediato cualquier cosa para poner fin a ese dolor, para seguir hablando, discutiendo o escribiendo sobre lo mismo y lo mismo aumentando los daños y el gasto de dinero. Recién después de haber retirado la mano de la plancha si es que —antes de pensar o escribir cualquier otra cosa— no retiramos la mano de la maldita plancha y recién poder pensar con calma en una solución. Pero, como no se trata de solo una experiencia aislada —por muy dolorosa que haya sido—, es urgente tragarnos el orgullo, la vanidad y la ignorancia para dialogar en serio y no hacer un simple amago o juego académico de diálogo. Porque armar un gran barullo y no retirar la mano de inmediato la mano no solo no es normal, sino que ya puede despertar sospechas de ser un engaño, muy bien manipulado, para sacar provecho de la situación a costa de cada uno de nosotros, ciudadanos y contribuyentes comunes que tienen que solventar el alto costo de la ineficiencia, negligencia irresponsable, corrupción, violación de derechos

humanos, violencia, impunidad y eterna postergación de la solución que ponga remedio a una situación que sí tiene remedio, en etapas, plazos y costos programados con transparencia para evitar que la sigan usando como instrumento para la manipulación condicionada de los efectos demostrados por los experimentos del Profesor Pavlov, quien ganó por ellos, el Premio Nobel en 1904.

(Con música y letra de una canción del sur de los Estados Unidos, que vienen desde la sala en casa del Alcalde, quien escucha con atención las explicaciones que, con mucha calma, paciencia y cariño, le hace su esposa mientras le rasca la cabeza antes de caer dormido en su siesta del mediodía.)

*You had plenty of Money, in 1922;
You let all the women make a fool of you.
Why don't you do right, like all those other men do?
¡Get out of here! Get me some money too.
You are sitting down thinking what's all about;
Well, if you don't get money they will put you out.
Why don't you do right, like all other men do?
¡Get out of here! Get me some money too.
If you had prepared twenty years ago,
You wouldn't be wandering from door to door.
Why don't you do right, like all those men do?
¡Get out of here! Get me some money too.
I fell for you, jiving; and all you had to offer me was a glass of gin.
Why don't you do right, like all those men do?
¡Get out of here! Get me some money too.*

(Mc Coy, “Why don't you do right, like all other men do”? Delta Blue)

iii. **¿Sorprendente? Porque, esto es lo que hemos venido haciendo por décadas, en las catástrofes, abusos, injusticias o tragedias ciudadanas que presenciamos o sufrimos en la Justicia y las leyes, pero toleramos con indiferente e irresponsable negligencia; sin aprender de los políticos, economistas y empresarios que ya han aprendido de sus pasados adversarios y han mantenido el crecimiento sostenido de la economía y el desarrollo para lograr un nivel que no obstante los logros y progresos logrados en otros aspectos, no han sido hasta ahora suficientes —por no ser la respuesta adecuada al estímulo que nos desafía— ni han podido reducir a dimensión razonable, la desigualdad, la corrupción y la violencia en un sistema de Justicia y un ordenamiento legislativo pobremente evaluados y desprestigiados en la comunidad. La indecisión que nos regala el contrasentido de una economía que prospera**

en desarrollo sostenido durante más de diez años y un ordenamiento legal y un sistema de justicia en declive son resultado del papel que desempeña la percepción sensorial ciudadana de nuestra realidad, que se resume en dos historias que ilustran dos posibilidades que coinciden con las respuestas que hemos dado para el crecimiento de la economía y la devaluación del ordenamiento legal y sistema judicial, respectivamente, que el lector, o lectora, tendrá que reconocer por sí mismo la identidad de cada uno en las dos historias y su respuesta:

Primera historia y tipo de respuesta elementales posibles ante el estímulo de una realidad que percibimos: *“Un hombre deprimido consulta a un psiquiatra por ayuda en su problema de, no obstante ser buen trabajador, empeñoso, leal compañero de trabajo, y buen subordinado, todos lo tratan mal. En su vida familiar, es un buen esposo y padre de familia, que da gusto en todo lo que le piden. Pero cada día se portan peor, lo miran con desprecio y se avergüenzan de él, delante de todos.*

El psiquiatra, comprensivo, lo escucha y tranquiliza diciéndole: confíe en mí. No solo fui el primero de la clase durante toda mi carrera desde el colegio, sino que también seguí con éxito estudios de postgrado en las mejores universidades de Gran Bretaña, Francia, Alemania y los Estados Unidos. He recibido muchos premios internacionales y publicado varios libros muy importantes sobre la materia de casos como el suyo.

Comience de inmediato tomando las pastillas en este frasco y una cuando haya terminado vuelva para comprobar los resultados. Al cabo del mes el paciente regresa y le tiene que confesar que no hay ninguno y todo sigue igual. El psiquiatra le receta repetir el mismo régimen, pero con el mismo resultado que se repite una y otra vez hasta llegar a cuatro. Pero en la quinta, el paciente ya reacciona indignado y le increpa al brillante profesional: ¡Estos remedios que me receta son una estafa! He decidido dejar de tomarlos y ¡esto ya se acabó! Y el médico le responde: ¡Lo felicito! Usted ya encontró el mejor remedio que ha comprobado experimentalmente por sus sentidos y no por lo que le digan otros que se dicen más importantes o famosos. ¡Buena suerte!”.

Segunda historia y tipos elementales posibles de respuesta al estímulo de otra realidad parecida: *“Un hombre, joven y a pesar de estar en buen estado de salud física y nerviosa no puede contener la orina ni las heces en las situaciones más difíciles y embarazosas que se pueda uno imaginar, causando escándalo y fama de sucio y apestoso. Pero es un hombre que no se deja engañar fácilmente por títulos, premios o libros publicados, y recurre a un médico que es modesto pero serio y le pide ayuda. Este lo examina detenidamente, le realiza los exámenes y pruebas del caso y le receta una botella de píldoras que debe tomar después de levantarse y antes de acostarse, además de un ejercicio de calistenia especializada que debe realizar al mediodía.*

Al cabo de un mes y de haber cumplido el tratamiento, le tiene que confesar al médico que no ha podido notar ninguna mejoría. El médico le receta, entonces, duplicar las dosis de la receta y los ejercicios. Y, al llegar la fecha de la tercera consulta, el paciente no aparece ni lo vuelve a ver, por lo que lo presume satisfactoriamente curado.

Sin embargo, al cabo de algún tiempo, se cruzan por calle, se reconocen y saludan con señas de afecto y alegría. El médico lo felicita efusivamente por haberse curado. Y el hombre le responde, con un guiño y tono pícaro: ‘Curarme propiamente, no me he curado. Pero es igual o mejor aún porque ahora ya no me importa un bledo orinarme o defecar delante de cualquiera, y dejarlo todo sucio, embarrado y apestoso. ¡Por fin me puedo sentir realmente espléndido! ¿Y los demás? Me dirá usted. Pero, por mí, ¡que se jodan! Por aguantarme, sin decir ni una palabra ni hacer nada al respecto, y ¡por ser cojudos y aguantar todo!’”.

iv. Pero, no se trata solo de burlarse y hacer chistes de mal gusto o bromas pesadas a costa del ciudadano común, que somos todos. La interacción comprometida y sin miedo, con el entorno sensorial, es también el tema de varias de las historias, narraciones, leyendas o mitos religiosos de la humanidad. Está presente, por ejemplo, en el dilema de Eva en el Paraíso frente a un mandato imperativo perentorio y la contradictoria información sensorial que le enviaban sus sentidos. También, esa fue la misma reacción del Príncipe Sidharta Gaudama, el Buda, al enfrentarse por primera vez a la vejez, a la enfermedad y la muerte que vio una vez y le habían ocultado que existían y tomar su decisión de dejarlo todo por ir en busca de su verdad. Y en el diálogo del rey Yudhistira con sus hermanos Pandava, al darse cuenta que sus primos Kurawa usaban dados cargados para jugar con trampa y despojarlos de todas sus riquezas, posesiones y hasta de su libertad. Pero, Yudhistira, a pesar de saberlo todo, aceptó jugar una vez más apostando el destierro de toda su familia. Cuando fue increpado por sus hermanos por el riesgo que corría a conciencia, les dijo: “Sé que hacen trampa, pero no puedo evitar darles una oportunidad más para la salvación de su alma. Cualquier decisión puede llevar escondida un grave error. Pero, para quien haya logrado ganar una convicción firme sobre un punto, la consecuencia de cometer un error, por grave que pueda ser, siempre será más leve y más dulce que el sufrimiento de la frustración de inhibirse y mantenerse distante de la realidad que guardan los estímulos sensoriales del entorno, porque eso lo dejará con la palabra en los labios y a los estímulos a su alrededor, sin respuesta, como si el hecho de hablar afectuosamente, claro y directo, fuera una blasfemia”.

*Hablar es una blasfemia,
Quedarse silencioso es un engaño.
Más allá del silencio y la palabra
Se encuentra, en la ruta
Hacia el infinito,
Un pasaje, pero mi boca no es tan diestra
Como para iluminarlo.*
(Marco Martos, “Hablar es una blasfemia”)

c) Y es así como, a cada hora de cada día y de cada noche, debemos volver a comenzar, como si nada hubiera ocurrido. Aun antes de haber completado el proceso sensorial anterior ni haberle dado una respuesta coherente que sea satisfactoria. Pero, solo para volver a crear —cada nuevo segundo, minuto, hora y día de la semana— un nuevo mundo del que somos únicos dueños y responsables absolutos de lo que ocurre en él, que ha sido nuestra decisión. La vida, el lenguaje, la cultura y la justicia no solo son herramientas que nos otorgan u ocurren al azar sino, principalmente, lo que hacemos con ellas cuando nos llegan a las manos y no sabemos qué hacer hasta que las sentimos salir por debajo de los pies, subir recorriéndonos el cuerpo y salir en llamas por la punta del cabello, en su identidad de parte del instinto para conservar la vida en todas las especies. También en la nuestra, por supuesto. Es por eso que la Justicia y Leyes en nuestra comunidad, penden hoy solo de un hilo: ¡Cada uno de nosotros! La suerte ya está echada y con todas las cartas sobre la mesa. La única decisión que falta y aún no está presente en el esfuerzo, es la nuestra, en la conciencia de cada ciudadano que no se decide entre seguir colgado de su propio hilo o de tejerlo con los demás en cada uno de nosotros, que somos muy sinceros y nos queremos tanto... hasta morir por miles, miles y miles que pueden sumar, por decir algo, más de 69 mil.

2. Pero, también podemos dar otra mirada; esta vez, más de cerca, para explorar y reconocer —con cautela— el primer tramo escondido del camino que une el muelle al que llegan las tempestades de estímulos sensoriales que vienen del entorno, hasta nuestra percepción que las descarga e informa al cerebro sobre lo que está ocurriendo alrededor, lo identifica, lo limpia de interferencias sensoriales, lo administra propiamente para comunicar los resultados, y actúa con determinación en lo que debe hacer cada ciudadano que se sienta, de verdad, libre e independiente.

*Cuando partas en tu viaje a Itaca
 Pide que tu camino sea largo,
 Rico en experiencias y conocimiento.
 (Constantino Cavafis, "Itaca")*

*¿Fue el viento de Sicilia...?
 No, fue el viento de los mares al verter su desmayo
 A labios demudados de sed hacia los cálices
 Y que no tiene, para refresco, los contornos tan lisos
 Al tacto, ni los huecos misteriosos
 Donde bebes la frescura
 Que nunca los bosques te brindaron.
 ¡No obstante!...
 (Stéphane Mallarmé, "La Siesta de un Fauno")*

a) En un momento, que se calculaba pudo haber sido hace alrededor de 50 000 años, pero que, probablemente, comenzó 200 mil años antes, aunque todavía no se ha logrado precisar con métodos de aproximación que puedan ser confiables con rigor científico, el hombre primitivo comenzó a comunicarse con sus semejantes de una manera distinta a la de otros primates que son más cercanos a él. Y aunque no se conoce con certeza nada sobre el proceso de formación del lenguaje en el de la evolución humana, como especie... la complejidad desarrollada por el cerebro consiguió que adquiriera la capacidad física y desarrollara las destrezas y habilidades para hablar como hablamos hoy (Juan Gavilán, *Lenguaje y Creación —Las raíces cerebrales del procesamiento lingüístico—*. Madrid: Biblioteca Nueva. RS, 2008). Para Gregory Cochran y Henry Harpending, autores, de *The 10000 Years Explosion —How Civilization Accelerated Human Evolution—*. Basic Books, 2010). Hay razones suficientes para sostener que el humano moderno, al comenzar su diáspora global desde África, hace 50 000 años, ya había desarrollado destrezas lingüísticas de cierta sofisticación para comunicarse por medio de un lenguaje. (Dicho sea de paso, también las había desarrollado la otra especie humana, el Neanderthal.). Pero, para ello, habían tenido que desarrollar la faringe y laringe de otras formas, y mover la lengua, los labios y los dientes de otro modo que les permitiera emitir sonidos distintos. Sin embargo, una clave enigmática que puede ser importante para el proceso de evolución biológica que le permitió al hombre hablar, se encuentra en versiones nuevas sobre los genes que hay en el oído interno (citan como respaldo a John Hawks. *Adaptive Evolution of Human hearing and the Appearance of Language*. Columbus, Ohio: American Association of Physical Antropologists, 2008), que podrían llevarnos a presumir que el aumento de la complejidad de los lenguajes es un fenómeno tan reciente

para nosotros que nuestros oídos, cerebro, garganta y lengua todavía no han completado de adaptarse a hablar como hablamos hoy. Y como estos genes son recientes y regionales, ¿podría ocurrir que ello se deba a que distintas poblaciones se estén adaptando a características de un lenguaje particular o de una familia de lenguajes? Pero, para Juan Gavilán, ya mencionado, las evidencias parecen inclinarse a favor de una aparición más tardía del lenguaje que los 50 000 años que se presumía.

b) La similitud de estructuras en todas las lenguas del planeta, tanto en el nivel fonológico como en el semántico y sintáctico obligaría —según Gavilán— a pensar que la construcción de un sistema lingüístico basado en una gramática universal y con los mismos principios tiene que proceder de los mismos mecanismos neurológicos y mentales. Y esto es lo que hace posible el trabajo altamente especializado de criptólogos, como el varias veces premiado científico peruano Jorge Heraud Pérez. Trabajo que no se limita al estudio, administración y funcionamiento eficiente de claves de seguridad. Sino que, explica Heraud, el ser humano en sí y la naturaleza en general, son conjuntos de códigos en clave, que cubren desde las del ADN, o las del antiguo idioma de Micenas, hasta las que sirven de base a la identificación de una obra literaria anónima o la Teoría de las Cuerdas. Y, por supuesto, también puede descifrar nuestra conducta, cuando sigue ciertos patrones que pueden ser predecibles como respuesta a estímulos comunes, y explican situaciones que tienen apariencia más compleja de lo que en realidad son, pero que su desacuerdo elemental con la fisiología frente a la realidad sensorial del entorno puede comprobar su identidad, desagregar su estructura y diferenciar sus componentes. Los primeros lenguajes humanos hablados no sonaron como los que hoy escuchamos en todas partes. El Khosa, el idioma más antiguo que personalmente he escuchado hablar, todavía sobrevive en Sudáfrica aunque —después de haber recibido la influencia de idiomas más modernos que han dejado sus huellas en el idioma— actualmente ya un conjunto de sonidos en tránsito desde los *clicks* originales —que siguen siendo su sonido más distintivo— a la fluidez continua de vocales y consonantes de idiomas más recientes que ha ido absorbiendo en el intercambio natural con otras poblaciones; aunque haya conservado vivos muchos de los rasgos originales que lo distinguen. Los idiomas escritos fueron, en su inicio —como ya mencioné en otra oportunidad— solo señas, marcas hechas con puntos o rayas para llevar cuentas, a las que añadieron después, símbolos que las abreviaron para facilitar su manejo y convirtieron más tarde en signos cuneiformes, jeroglifos o rasgos semíticos que antes, en edades lejanas, habían sido toscos megalitos, burdos ídolos o imágenes rupestres. (Yvette Taborin. *Langage sans Paroles*. Paris: La Maison des Roches, 2004; Jean-Pierre Mohen. *Les Mégalithes*. Gallimar, 2007; Jean-Pierre Mohen. *Cultes et Rituels Mégalithiques*. La Maison des Roches, 2003.)

c) Pero, en la Edad de Hierro, y ya en los tiempos de la Ilíada, la Tora o el Mahabharatta, el hombre había comenzado a soñar en palabras que convocaban su nombre, lo invitaban

a emprender exploraciones interiores y tareas imposibles o lo incitaban a desbordarse en el riesgo de aventuras temerarias. Abraham sintió el llamado en sueños, con palabras. Pero, Jacob —dormido con la cabeza apoyada sobre una piedra— soñó, en imágenes, con una escalera que llegaba hasta el cielo y ángeles, o seres humanos, que subían y bajaban por ella entre la tierra y el cielo. El resto fue ya no el silencio sino el inicio del imperio y extenso dominio espacial y temporal de las palabras, que adquirieron tal prestigio, sin precedente por sí mismas, que sirvieron para tejer un cántico incorporado más tarde como primer capítulo en el evangelio de San Juan: “En el principio ya existía la Palabra; y aquel que es la Palabra estaba con Dios y era Dios”. Y si bien este texto literal es el de una de las numerosas traducciones al español de otros idiomas traducidos a su vez de las versiones en su idioma original con el sentido que tuvieron como respuesta a un desafío de su época, el hecho que persiste es la insistencia de otorgar el mismo carácter divino y privilegiado para La Palabra en sí. Como ya se había concedido etimológicamente a los jeroglifos en Egipto, declarados de manera oficial como: “La Palabra de Dios”, calidad que diferenciaba a los escogidos autores y lectores de los textos, vinculados ambos a la autoridad, del resto de la población común. Porque si bien el mensaje completo del evangelio cristiano fue, por lo contrario, el primer esfuerzo colectivo para revertir esa tendencia y rescatar la igualdad natural predominante hasta el Paleolítico Medio, el lenguaje aumentó la nueva distancia artificial impuesta por la civilización, que todavía aflora en algunas de las cartas del apóstol Pablo, como en la dirigida a su discípulo Timoteo, que le ordena mantener a la mujer en situación relegada y en silencio durante las asambleas del culto religioso.

Cortina de palabras los separa...
(Marco Martos, “La Torah en su nuez”)

d) Desde el punto de vista del proceso fisiológico de la percepción sensorial de la vida y el mundo, para un individuo o un ciudadano común, la palabra es un producto intermedio, como si fuera el heraldo casi al final del largo o corto camino entre el estímulo y su destino final como conducta. La palabra anuncia el nuevo conocimiento adquirido, después de haber percibido un estímulo, haberlo identificado, administrado y extraído de él un conocimiento experiencia, que solo puede completar su recorrido, madurado en conductas de respuesta coherente al estímulo que le dio lugar. Así se trate de “Dios”, “Amor”, “Belleza” o “La Justicia”, son solo palabras, abreviados y complejos compendios que agrupan a miles o millones de percepciones sensoriales con identidades que son afines o únicas, pero no son iguales. Porque todas han sido comprimidas en claves de signos, o sonidos artificiales que el hombre, todavía, tiene que aprender durante años para poder comunicarse. Es el propio apóstol Pablo quien reconoce el lugar propio que les corresponde en la fisiología de vivir la realidad. En la carta a

los Hebreos, Cáp. 10, dice sobre esto: “La ley (que, inevitablemente, también está hecha de palabras) es solo una sombra de lo que está por venir y no su realidad”. Su realidad sensorial solo puede ser, en especial a partir del Paleolítico, el instinto y la necesidad común, o el poder y el miedo. El ser humano, además, es uno de los animales cuyo instinto es también afectivo o enamorado, como el albatros, el cisne de la tundra, algunos gansos y algunas especies de palomas, entre los que conozco. Jane Goodall, observa que a pesar de las dificultades en observar especies predatoras carnívoras, las hienas y chacales son madres ejemplares en el cuidado de sus crías. Como también el lobo, tanto el macho como la hembra, del que descienden hace 15 000 años todos los perros domésticos que existen y en que los machos ya han olvidado por completo su contribución al cuidado y responsabilidad por la cría, que todavía conservan los lobos salvajes.

*Partí ya hace
Un año.
Todo podría negarlo
Ahora:
No sé si he nacido,
No se si he leído
Alguna vez un libro”.*
(JavierH eraud, “ El Viaje”)

*Si pudiera suplicarte,
Suplicarte tan fuerte que volvieras...
Alerta estoy...
Las sombras...
Los silencios... Los dolores...
Lloran aún más hondos al recordarte
Haciendo guerra con tus flores buenas
(Chabuca Granda, “Las Flores Buenas de Javier”).*

e) **Crónica del Descubrimiento y Conquista del Nuevo Mundo del Lenguaje, y los Comentarios Reales, hablados y escritos, sobre la Genealogía y Linaje Sensorial de las Palabras.** En su *Lenguaje y Creación (Las raíces cerebrales del procesamiento lingüístico)*. Madrid: Biblioteca Nueva, RS., 2008, ya citado, Juan Gavilán anota que “el lenguaje nos resulta tan cercano y familiar que no vemos en él nada que sea misterioso y complejo. Sin embargo, nos encontramos con un fenómeno verdaderamente asombroso y fascinante: todos los niños del planeta, independiente de la cultura o del país a que pertenezcan, aprenden a hablar entre los dieciocho y los veintiocho meses; todos los niños siguen un ritmo parecido y un proceso

similar para la adquisición del lenguaje”. Para añadir, más adelante: “Todos los niños pasan por las mismas etapas y siguen un proceso regular con estadios similares: los arrullos y balbuceos a los seis meses, los sonidos con entonación a los ocho meses, las emisiones de una palabra al año, de dos palabras a los dieciocho meses y a partir de ahí la gran explosión lingüística.... La única razón comprensible que existe para explicar este fenómeno es la regularidad de los procesos de maduración biológica... solo podemos encontrar la razón en el proceso de maduración del cerebro que, de una forma independiente al resto de las destrezas, pone en marcha el desarrollo de habilidades lingüísticas aunque el ambiente social no lo favorezca”.

i. Hay aquí un punto que debemos aclarar de inmediato, porque es central para entender lo que ocurre hoy en todas las culturas de tradición autoritaria, desiguales, en vía de desarrollo económico y alrededor del mundo. Porque, cruzando la información del proceso biológico cerebral de un recién nacido hasta los dieciocho meses, que menciona Juan Gavilán, con la que hay en abundancia, sobre la evolución en la historia del lenguaje y la palabra a partir del “jeroglifo” como “la palabra de Dios” (plana, como las pinturas en los papiros y sarcófagos de los faraones), es decir en solo dos dimensiones sagradas en las que no cabe interpretación alguna sino solo la obediencia; la historia continúa en que, los mismos que conocen el significado y manejan esas palabras (planas, con dos dimensiones obligatorias) son los que ejercen la autoridad y dictan las primeras leyes, también de solo dos dimensiones obligatorias, y culmina en la tautología imperial romana *Dura lex semper lex* o su moderna versión autoritaria: “La Ley es la Ley”; y de acuerdo a las cuales, coincidentemente, las palabras, y la ley por supuesto, no dicen otra cosa que lo que ordena la autoridad, en cualquiera de las formas mágicas que su privilegio divino elija ejercer. De ahí la enorme importancia humana y ciudadana del principio universal pronunciado por un oscuro provinciano, maestro de la ley, en Israel del siglo I de la era común, sometido a la autoridad extranjera que ocupaba su patria y había sojuzgado a la población por la fuerza de sus legiones imperiales y quien, en ese contexto específico, postuló la reversión completa en la ecuación de la Justicia que había sido violentamente interferida por las civilizaciones.

*Decid que a quebrar yo venía
grandes cañas vencidas por mis labios;
y sobre el oro de los sotos lejanos,
inundando el mármol de las fuentes,
ondula una blancura dispersa de rebaño
que, al rumor de mi flauta, cuando afino los tubos,
un vuelo ¿de cisnes? No, de náyades, escapa...
sin un solo murmullo... —y por mi flauta espantado—
huyev olando*
(Stéphane Mallarme, “La Siesta de un Fauno”).

ii. ¿Cuántos de los violentos celotes, cuántos fanáticos suicidas, o cuántos de los prestigiosos, doctos y eruditos maestros de la ley fariseos, se hubieran atrevido, a decir entonces estas palabras: “La Ley ha sido hecha para servir al hombre y no el hombre para servir a la Ley”?, alterando de esta manera un centro de gravedad jurídica sagrado e inmemorial. Añadiéndole, además, una nueva dimensión a las dos tradicionales que ya tenían leyes y palabras, como privilegio divino. Y trastornar para siempre, de este modo el sentido terrestre y sensorial de las dimensiones de la Justicia. Añadió, después, una cuarta dimensión, que introdujo un elemento activo, dinámico y comprometido, para instigar la participación individual, como requisito indispensable en el fundamento de las leyes y la Justicia, que se hace dramáticamente evidente en el pasaje de la mujer adúltera en el evangelio de Juan. El efecto que causó la introducción del tiempo como una nueva unidad de medida práctica y cotidiana para la Justicia, se reflejó en la ampliación del número de unidades para medir el ámbito perceptivo, del transcurso natural, regular y subjetivo, al de sus secuencias, frecuencias e intensidades en un patrón que es inevitablemente irregular, único, y permite descifrar con mayor facilidad la clave sensorial de su significado, que se nota más claramente en el desarrollo sensorial de su evolución desde el conceptual, total y definitivo: “Soy el que soy” (salvo, quizás, el posible reemplazo de “el”, por “lo”, o “quien”) a su materialización concreta, específica, dinámica —que comparte con otras doctrinas, como el Tao— que pone en movimiento esa identidad absoluta y la ubica en coordenadas geográficas y referentes temporales que abren la posibilidad de su aplicación práctica con un componente que la transfigura y permite descifrarla en patrones de conducta imitables pero libres en una ciudadanía activa, comprometida e individual: a partir del absoluto “Soy el que soy”:...al más dinámico, accesible y más fácil de imitar: “Soy el camino, la verdad y la vida”.

*También digo, en cuanto a la conducta humana,
Que Dios está poniendo a prueba a los hombres
Para que se den cuenta de que también son ellos como animales.
En realidad, hombres y animales tienen el mismo destino;
Unos y otros mueren por igual,
y el aliento de vida es el mismo para todos.
(Eclesiastés 3, 18-19)*

*El cuerpo humano, aunque está formado
por muchos miembros, es un solo cuerpo...
si el pie dijera: “como no soy mano, no soy del cuerpo”
no por eso dejaría de ser del cuerpo.
Y si la oreja dijera: “Como no soy ojo, no soy del cuerpo”,
no por eso dejaría de ser del cuerpo.
Si todo el cuerpo fuera ojo, no podríamos oír.
Y si todo el cuerpo fuera oído, no podríamos oler...
Si todo fuera un solo miembro, no habría cuerpo.
El ojo no puede decirle a la mano: “No te necesito”;
ni la cabeza puede decirle a los pies: “No los necesito”.
Al contrario, los miembros del cuerpo que parecen más débiles,
son los que más se necesitan.
(Pablo, 1 Corintios 12, 12-22)*

iii. No hace falta recurrir al texto de una ley importante o al de un principio jurídico abstracto y complejo para poner en evidencia el efecto diferente de leer un texto simple y claro —como los versos de una conocida canción popular— solo en dos dimensiones — como hace la mayoría de la población al leer la noticia de un gran titular, un texto legal, una denuncia que puede ser falsa, una demanda frívola a costa del contribuyente o una sentencia judicial— y leerlos en cuatro dimensiones, ya despojados de toda asociación sagrada, artística, histórica, paleontológica, política, legal o judicial que puedan interferir de algún modo con la nitidez sensorial de su percepción, para examinarlos de inmediato y analizarlos, en detalle esterilizado de toda intención, en el siguiente acápite: igual a como si se tratara de un impresionante portal de transparencia judicial, pero aplicado en este caso al texto breve, claro, simple e intelectualmente neutral, de una conocida canción popular ajena a toda otra intención que lo que dice el texto literal de sus palabras. En este caso, el bolero “Nosotros”, por Pedro Junco; cuyos hermosos versos, que todos conocen, repiten, pero nadie da el menor signo de haber percibido, ni menos entendido la realidad de la situación que trata de exponer para comunicar a otros. Ni siquiera los cantantes lo cantan realmente bien.

Lo imitan y repiten, pero no lo pueden interpretar, sino sacar todo el provecho que puedan de la música y cantarla con la perfecta ambigüedad abstracta de una sentencia judicial o un argumento jurídico, echándose los versos a la espalda para que cargue con todo el peso de lo que quiso o intentó decir el autor pero que lamentablemente no es lo que dijo, sino insinuó dejando veinte o treinta puertas abiertas para suponer lo que quiso decir. Igual a como si una autoridad, después de legislar o sentenciar sin motivar su decisión con coherencia a los hechos, dijera: “¡Que se jodan y se vayan al carajo!”. Casi, como si fueran legisladores, jueces y otras dignas autoridades; o profesores universitarios, abogados y, por desgracia, también como si fueran solo habitantes y no ciudadanos comunes, animales de una especie articulada que normalmente vive enamorada y puede ser feliz si come, bebe, tiene ropa, techo, cama y alguien con quien dormir abrazados.

3. la percepción de la identidad e interferencias en situaciones que agrupan a dos o más estímulos sensoriales en claves de palabras o números, que repetimos, sin lograr entenderlos para administrarlos bien, producir conocimientos válidos y dar respuesta en conductas coherentes a estímulos propagados por la situación que originaron, pero en la que no podemos descifrar la realidad que tratan de comunicarnos.

*De pronto un conejo blanco con grandes
ojos rosados se cruzó delante de ella...
¡Ay, Dios mío, qué tarde se me está haciendo!
(Lewis Carrol, Alicia en el País de las Maravillas)*

Cómo identificamos la percepción de una situación expresa, concreta, en la realidad de un caso específico y un momento dado.

*Es cierto, padres
Hermanos, aquí estoy.
No se si he descansado,
Y es que en el camino
Encontré un sauce que
Reía con el viento y
Con mis pasos,
Que reía con
Los dientes y las ramas,
Que reía de todo
Como un niño,
Y esto me ha
Hecho dudar.
(Javier Heraud, “El Viaje”)*

*...bosques míos de agitados laureles
Confidentes de fugas, y lirios de silencio púdico,
¿Conspiráis? ¡Gracias! Quiero tomar del ensueño eterno
la piedra que hundirá sus fragmentos dispersos,
así como vendimiar mañana, también sobre el musgo estéril
brotes verdes de una lánguida viña... cuando exprimo la claridad
a las vides, para que mi dolor sea aislado del sueño...
alzo al cielo ardiente —ávido de embriaguez— el racimo exhausto
...y aspiro hasta el ocaso mirando a su trasluz.
(Stéphane Mallarmé, “La Siesta de un Fauno”)*

a) Al tratar de identificar situaciones políticas actuales, que podemos percibir directamente, o hechos históricos, que hemos estudiado en detalle y analizado con detenimiento, tropezamos inevitablemente, con interferencias normales debido a las perspectivas ideológicas, nacionales o interesadas, que nos pueden afectar de algún modo. Pero, aunque esto ya es un oficio rutinario para analistas políticos e historiadores profesionales, preparados para enfrentar y administrar con eficiencia esta clase de interferencias, no es necesariamente lo mismo para el resto de pobladores, ni tampoco para esos profesionales cuando sin aviso previo, deliberadamente sacamos de sus casillas y tomamos por sorpresa para identificar una situación inusual, inesperada o sin sentido, para un profesional especializado, en cierta forma está enceguecido, por un fanatismo científico tubular, a quienes sacamos fuera de su ambiente a otro distinto en que lo invitamos a participar en un papel diferente al usual que está acostumbrado y mecanizado, porque ya no puede identificar al personaje

que debe protagonizar que ya no es un científico sino, por ejemplo, un ciudadano común: Digamos, la persona que se encontró en la situación de tener que decir a otra, las palabras en el texto del bolero “Nosotros”. Y así, sintiéndose fuera de lugar y hostilizado por un insolente desafío ciudadano que intenta rebajarlo ante los demás —como si fuera otro ciudadano igual a los demás— humillado y furioso, no tenemos otra salida que invitarlo para iniciar juntos este juego o ejercicio trivial y difícil a la vez, en que no he encontrado —dando vueltas por el mundo y moderando talleres en una decena de países de habla española— quien pudiera dar una respuesta coherente a este estímulo ordinario, pero fuera de lugar e inesperado, como en este humilde ensayo, pobre, pero honrado y respetable profesionalmente. La razón es simple y fácil de curar. Estamos acostumbrados a recibir señales subliminales —y a veces órdenes directas— que nos indican “lo correcto” o “lo adecuado” para quedar bien con los demás, en toda ocasión. Todas las respuestas deben caber en una fórmula o modelo que aprendemos de memoria, repetimos declamando y aplicamos mecánicamente (“Dios”, “Patria”, “Humanidad”, “Amor”) para fabricar, con el valioso aporte de nuestro valor agregado, realidades paralelas artificiales, y desangradas de vida sensorial, que han inventado —por su cuenta y riesgo— un Don Quijote convenientemente idealista, justo, noble, responsable y enamorado, pero que no aparece en la novela, sino en el valor agregado aportado por una diligente autoridad que, en este caso, debe haber sido literaria, imagino. O, un Luis Enrique, el plebeyo, “el hijo del pueblo, el hombre que supo amar y que está sufriendo la ley infamante de amar a una aristócrata siendo él un humilde plebeyo”, que es una espléndida y valiente alegoría, inevitable en el tiempo difícil en que vivió Felipe Pinglo y estrenó este vals insignia nacional. Pero no en el contexto sensorial inmediato en que fueron dichas y propagaron otras resonancias, en el que Luis Enrique podría haber sido —según las palabras del vals— un egocéntrico, cívicamente privilegiado, porque en una época de crisis mundial y nacional muy graves —la quiebra del Banco Perú y Londres, y el después llamado “año de la barbarie”— tenía, por lo menos, además del derecho a votar y ser elegido, una fuente de ingresos con su trabajo y un modesto hogar. Pero que, por añadidura, resultó siendo ¡machista! indignado porque una mujer —plebeya o aristócrata, da lo mismo para el efecto— no quiere nada con él, como si fuera obligación para la pobre flaca asediada por el pata, darle gusto en lo que quiere. Jesús, según los evangelios, es dulce, pero temerario e irresponsable en el contexto político y cultural que vivió, como encarnación divina, ser humano o personaje de ficción. ¿Por qué? ¿Qué nos pasa a nosotros, que somos tan sinceros, que nos queremos tanto, que hemos sucumbido después de haber cantado y jurado juntos, tantas veces, el voto solemne de ser libres para siempre?

...antesdequ eel Co nejodo blarau nr ecodol e oyódec ir:

*¡Por mis barbas y mis bigotes! ¡Se me está haciendo tardísimo!
(Lewis Carrol, Alicia en el País de las Maravillas)*

*Ese día era el sol, más sol al río,
Ese día era
Más río el río, y más la guerra era...
Y más la muerte desde la ribera
Contra el leve fusil que era ese día...
Solamente una rosa.
Va ganado la guerra con su rosa...
Haciéndose un fusil de cada cosa
Que no fuera un fusil...
Ese día...una rosa”.*
(Chabuca Granda, vals “El fusil del poeta”)

*Nos hizo falta tiempo
De bailar tú y yo un bolero...
(Armando Manzanero, bolero “Nos hizo falta tiempo”)*

b) El bolero “Nosotros” guarda también una realidad que no podemos descifrar porque es una realidad paralela que, aunque modesta, está al alcance de todos los bolsillos y es producto del mismo efecto cultural que innecesariamente nos hace discapacitados, y se comenzó a infiltrar —esta vez como un rumor, dato informado o chisme— cuando ningún habitante común durante el primer gobierno de Fulgencio Batista estaba entrenado mentalmente para otra cosa que seguir la pista a rumores, chismes, confidencias, secretos escuchados en los pasillos, lavabos, mesas de café, bares o prostíbulos más concurridos, de labios de personas muy importantes en el régimen. De todos ellos, el que tuvo mejor fortuna y más larga vida, es el que atribuye esas palabras a un enfermo de tuberculosis que no quiere decirle a su amada por qué se aleja de ella, pero que, sin embargo, toma buen cuidado que ella o él —según fuese el caso no aclarado en el texto— note que aunque es muy duro y sacrificado para quien habla, lo hace por un motivo noble, generoso y con abnegación por el bien de quien escucha. ¡Se necesita de un gran cuajo para decir algo de este calibre y de una manera que parece, por lo menos, descuidada porque sin dar otra explicación deja al interlocutor(a) sintiéndose causante indirecto —en otras palabras “culpable”— de la separación, y sin darle la menor oportunidad para enterarse de lo que pasa, y terminar al borde de un ataque de nervios por la desesperación y naturalmente lleno(a) de remordimientos! Y ese es —exactamente— el efecto predecible de los rumores, chismes, o datos confidenciales que propaga y manipula alguien muy bien informado por sus contactos y que no dice nada “para no dar un boccatto

di cardinale” a un opositor, o “proteger la estabilidad” de un amigo acechado por alguien que no es amigo de sus amigos, cuando siendo autoridades cometen un crimen igual al que por cometerlo condenan a otro que no es su amigo pero resulta emocionalmente más rentable condenar.

*Nos hizo falta tiempo
Nos comimos al viento
Ese pan que un día amasamos
Aquel vino que probamos
Se fue de nuestras manos.
Nos hizo falta tiempo
De caminar bajo la lluvia
De hablar un año entero
De bailar tú y yo un bolero.
Mira que hizo falta tiempo...*
(Armando Manzanero, “Nos hizo falta tiempo”)

i. Pero, si prestamos atención, con mayor cuidado y detenimiento, para leer el texto, considerando a la vez el contexto y las secuencias que nos revelan estas palabras, ellas nos describen, de manera deliberadamente incompleta, una situación implícita para el resto en la historia, pero no para los que están fuera y deben intentar entenderlo, sino que a nadie le interesa entender ni menos formular siquiera una hipótesis posible, probable y verosímil de las varias que se puede inferir con un poco de interés por el prójimo. Porque no se vería bien hacer esas cosas. (Aunque es justo reconocer que resulta una formidable herramienta elegante —con música romántica de fondo y todo— para manipular una situación y librarse de una pareja de la que ya estamos hartos y nos resulta incómoda, pero con la que hay que quedar bien, *por siaca*, porque uno nunca sabe cuándo se pueda necesitar una mano para saltarse una valla legal por acá o sacar otra ventaja por allá, si no contamos con un amigo de verdad, como en los viejos tiempos de antes.) A lo mejor, ¿quién sabe?

ii. El texto de la letra del bolero “Nosotros”

Atiéndeme, quiero decirte algo
Que quizás no esperes, doloroso tal vez.
Escúchame, que aunque me duela el alma,
Yo necesito hablarte y así lo haré.

Nosotros

Que fuimos tan sinceros
Que desde que nos vimos
Amándonos estamos.

Nosotros
Que del amor hicimos
Un sol maravilloso
Romance tan divino.

Nosotros
Que nos queremos tanto
Debemos separarnos

No me preguntes más.
No es falta de cariño, te quiero con el alma.
Te juro que te adoro y en nombre de este amor
Y por tu bien te digo adiós.

*Nos hizo falta tiempo
Nos comimos al viento...*
(Armando Manzanero, cit.)

c) Y si, además, para hacer este juego más divertido e interesante, empleamos otro estímulo sensorial más, también en clave, pero en una clave mixta de números y palabras mezclados en un mismo ejercicio perceptivo para encontrar la identidad de una situación que intentan comunicarnos en vano —que puede ser la misma u otra distinta, da lo mismo— pero que podría estar... por ejemplo, en estas cifras:

*Finalmente, se levantó el Ratón y dijo con voz imperiosa:
¡Ejem! Tomen asiento y escuchen con atención,
Porque apenas yo comience a hablar,
todos se van a quedar completamente secos.*
(Lewis Carrol, *Alicia en el País de las Maravillas*)

- “En 2009, solo 52 % de la población en el Perú cree en la democracia.
- La informalidad legal, como promedio, aumentó, entre 1986 y 2009, del 48 % de la población a alrededor del 70 %.

- Durante ese lapso, un grupo terrorista que cuestionó la legitimidad del orden legal y una represión descontrolada causaron casi sesenta mil muertos.
- En 2009, el 75 % del PBI es producido en desobediencia ordenada y pacífica de las leyes del Congreso de la República.
- En 2009, el 80 % de la fuerza laboral trabaja fuera de la ley.
- La media de aprobación ciudadana de la Justicia es solo 17 %
- La media de aprobación del legislativo es igual, o menor aún.
- Entre el 80 y 90 % de la población piensa que no hay un trato igual para todos en la aplicación de las leyes, y que los jueces no son independientes”.

(Documentos de trabajo publicados por el Instituto Libertad y Democracia, los libros *El otro sendero* y *El misterio del capital* por Hernando de Soto, diversas encuestas realizadas por el Grupo Apoyo de Opinión por encargo de varias entidades, y muchas de ellas publicadas periódicamente por el diario *El Comercio* de Lima —durante el Siglo XXI—, y casos judiciales mencionados—entre otros— en los libros: *Corrupción justicia y violencia* y *La justicia del viento del desierto*, de este autor.

El Conejo Blanco venía ataviado con sus mejores galas, luciendo un par de guantes blancos en una mano y un abanico en la otra. Llegaba trotando a toda prisa, hablando consigo mismo mientras se apresuraba: -¡La Duquesa! ¡Ay, la Duquesa! ¡Cómo se va a poner la Duquesa si la hago esperar!

(Lewis Carrol, *Alicia en el País de las Maravillas*)

ii. El verdaderamente increíble mayor obstáculo para entender estas palabras y números tan sencillos es el arraigado hábito de ser solo espectadores en una cultura autoritaria. Y a veces ser espectadores en primera fila hasta de nuestra propia vida y de la que nos rodea hasta inundarnos por todos lados menos uno: por dentro de nosotros. No encontramos una posición que sea lo suficientemente cómoda, por dentro ni por fuera, para dejar de ser espectadores y convertirnos en protagonistas, aunque seamos desafinados, ridículos o faltos de talento. Pero, nunca quedarnos callados, con los brazos cruzados y tranquilamente sentados frente a un drama injusto o una tragedia de proporciones nacionales en la que nadie puede ser ajeno ni distinto. Y ese es el segundo obstáculo para tumbar las puertas de esta torre que se mece por dentro, no sentirnos, en el fondo y secretamente, iguales a los demás. A veces condescendentemente mejores y muchas otras hipócrita y clandestinamente peores,

pero nunca iguales. Vale la pena aclarar sobre la igualdad que, en la naturaleza no todos los animales o plantas de una especie son iguales, sino que sus desigualdades son naturales y no impuestas por la fuerza o provocadas artificialmente, como el caso del efecto Pavlov. El objeto que han perseguido todas las más grandes culturas ha sido precisamente recuperar su carácter natural y reducir las desigualdades con métodos más modernos, efectivos y sin violencia (Brian Hayden. *L'Homme et L'Inégalité*. Paris: CNRS Editions, 2008; y Gregory Cochran and Harpending. *The 10 000 Year Explosion (How Civilization Accelerated Human Evolution)*. New York: Basic Books, 2010; son dos libros controvertidos que exploran más, y de manera científica muy accesible, los temas de la desigualdad cultural y biológica, respectivamente).

*Nos hizo falta tiempo
Ese pan que un día amasamos
Aquel vino que probamos
Se fue de nuestras manos...*
(Armando Manzanero, cit.)

iii. **El resumen práctico de lo que sentimos** —si no nos situamos en un nivel de absoluta igualdad natural—, al mirar directamente a los ojos, pero sin el mínimo de afecto anónimo indispensable, a quien se supone haber dicho estas palabras, el esfuerzo va a ser innecesariamente el doble, triple o, francamente inútil. Por eso, la pregunta inicial nunca y por ningún motivo debe ser: *¿Por qué alguien pudo haber dicho esas palabras?*, sino, *por qué yo, cuándo o en qué circunstancias me hubiera visto en situación de tener que decírselas a alguien*. Y, una vez parados sobre esta pregunta, ensayar en la imaginación la comparación con situaciones propias, pasadas y análogas, o pensar en otras posibles y probables, en que decir esas palabras hubiera tenido sentido humano en lo más íntimo de nosotros. Pero, volvamos a las palabras del texto, a leerlas esta vez con renovada concentración generosa, porque son las palabras íntimas de un ser humano que, aunque dichas de forma diferente a la que para nosotros sería usual, no obstante podemos identificarlas como propias, por responsabilidad. Una vez en esta perspectiva desde la que nos hemos apropiado de esas palabras, ¿hay algo en algunas de ellas, en estas líneas, que nos llame la atención particularmente y resalte sobre las demás, ya sea porque podemos asociarla con situaciones familiares pero ya olvidadas en nuestra propia vida anterior o actual, pero que ya no damos importancia? Una de ellas podría ser, por ejemplo, la reiteración del reclamo de atención por parte del interlocutor para ser escuchado por el otro:

Atiéndeme, quiero decirte algo
Que quizás no esperes, doloroso tal vez.
Escúchame, que aunque me duela el alma,
Yo necesito hablarte y así lo haré.

*Nos hizo falta tiempo
De caminar bajo la lluvia
De hablar un año entero...*
(Armando Manzanero, cit.)

Entre el 80 y 90 % de la población piensa que no hay un trato igual para todos en la aplicación de las leyes, y que **los jueces no son independientes**.

- **En 2009, solo 52 % de la población cree en la democracia. (Fuentes citadas.)**

*Tan apuraba estaba Alicia... que no dudó en pedir ayuda, así que cuando se acercó el Conejo Blanco se dirigió a él con voz entrecortada y tímida:
- Por favor, señor... Pero el Conejo, al oír la voz de Alicia, se sobresaltó...
y salió huyendo hasta perderse en la oscuridad.*
(Lewis Carrol, *Alicia en el País de las Maravillas*)

iv. **¿Por qué tendría que decirle yo algo así a otra persona?** Hagamos un inventario de todas las posibilidades que podamos pensar: desde la sordera absoluta hasta la de alguien enloquecido que está a punto de arrojarse desde el piso 20 de un edificio, sin razón aparente pero negándose a dar ni oír explicaciones. En el espacio que hay libre entre una situación y otra, caben decenas o un centenar y más de posibilidades. Pero, una tercera lectura nos puede llevar a añadir otros elementos que pueden descartar algunas o muchas de estas posibilidades, por ejemplo si, además, consideramos estas otras palabras:

Atiéndeme, quiero decirte algo
Que quizás no esperes, doloroso tal vez.
Escúchame, que aunque me duela el alma,
Yo necesito hablarte y así lo haré.

*Nos hizo falta tiempo
Para que te convenciera
Que eres tú mi vida entera...*
(Armando Manzanero, cit.)

- Entre 1986 y 2009, la desobediencia pacífica a la ley aumentó, como promedio, del 48 % de la población a alrededor del 70 %.
- Y durante ese mismo lapso, un grupo terrorista cuestionó la legitimidad del orden legal, y su represión descontrolada causó más de sesenta y nueve mil muertos.
- Pero, legisladores y jueces se resisten a dialogar abiertamente, con métodos adecuados y técnicas modernas, con los sectores interesados o afectados de la población, y sus errores son encubiertos por el silencio o indiferencia de la comunidad, excepto si son afectados directamente.

(Fuentes citadas.)

v. En cuanto al texto, el anuncio de que lo que quiere decir es algo quizás inesperado y tal vez doloroso, aunque añade que le va a doler en el alma tener que decirlo, este elemento descarta de plano la posibilidad que la otra persona se trate de un suicida a punto de saltar desde el piso veinte de un edificio. Todo lo que tendría que hacer la primera —que es la que habla— es callarse y los dos se ahorrarían un sufrimiento inútil. De otra parte, la determinación que revelan las otras palabras “así lo haré”, deja de lado la posibilidad de que se trate de un sordo como una tapia, porque no tiene sentido hablarle a un sordo. Hasta Ann Sullivan tuvo que recurrir a otra forma de comunicación para llegar a la lúcida mente de Helen Keller. Debemos, entonces, explorar otras posibilidades, a partir del hecho comprobado fuera de toda duda, si le damos el beneficio de la credibilidad prudente que debemos al prójimo, del amor extraordinario que une a los dos, y no a tres, como se puede inferir de las frases: “Te quiero”, “Te juro” y “Te digo”. Y en cuanto al texto en la clave mixta, de números y palabras, lo que denota es que, tanto el orden legal y el sistema de justicia tienen existencia conceptual, son fantasmales, pero sensorialmente falsos. Su realidad sensorial es solo el poder, mejor dicho un poder que es su poder específico y en pronunciado declive, por falta de credibilidad, y por indiferencia, o desconfianza que han causado por un servicio negligente, irresponsable y arrogante con la comunidad. El vacío que no logran administrar la justicia ni las leyes, lo satisfacen y ocupan la corrupción y la violencia que son más eficientes para obtener resultados, que sus competidores teóricos. Porque como bien dicen: “Una cosa es la teoría y otra la práctica”, cuando “hay que hacer un escarmiento ejemplar con los corruptos”, porque “esto no lo compone nadie en doscientos años” y “¡no es práctico!”.

Nosotros
Que fuimos tan sinceros
Que desde que nos vimos
Amándonos estamos.
Nosotros
Que del amor hicimos
Un sol maravilloso
Romance tan divino.
Nosotros
Que nos queremos tanto
Debemos separarnos
No me preguntes más.
No es falta de cariño, te quiero con el alma,
Te juro que te adoro y en nombre de este amor
Y por tu bien te digo adiós.

Nos hizo falta tiempo
Para andar en una playa
Inventar una aventura
Descifrar que hay en tus ojos
Mira que nos hizo falta tiempo...
(Armando Manzanero, cit.)

- En 2009, el 75 % del PBI es producido en desobediencia ordenada y pacífica de las leyes del Congreso de la República.
- En 2009, el 80 % de la fuerza laboral trabaja fuera de la ley.
- La media de aprobación ciudadana de la Justicia es solo 17 %
- La media de aprobación del legislativo es igual, o menor aún.
(Fuentes citadas.)

...de nuevo el Conejo Blanco. Volvía con un trote cansino
Mirando acá y allá, como si hubiera perdido algo,
A la vez que murmuraba para sí:
- ¡La Duquesa! ¡Ay, la Duquesa! ¡Y ay de mí,
ay de mis queridas patitas, ay de mi pellejo, y ay de mis bigotes!
¡Estoy seguro de que me mandará degollar!
(Lewis Carrol, *Alicia en el País de las Maravillas*)

vi. Sin embargo, no sabemos exactamente a qué tipo de amor se está refiriendo quien habla, ni tampoco —con seguridad absoluta— podemos sostener si se trata de amor entre dos personas del mismo sexo o de sexo diferente, ni si son amantes, hermanos, padres e hijos, maestro(a) y discípulo(a), o amigos. ¿Podrían ser las palabras de Jesús de Nazaret a sus discípulos, durante la última cena; o las de un condenado a muerte antes de sufrir la pena capital? ¿Podrían ser las palabras del dueño de una mascota antes de hacerla morir por orden del veterinario?

*Nos hizo falta tiempo
Que en verdad me conocieras...*
(Armando Manzanero, cit.)

*Somos libres e independientes,
por la voluntad general
de los pueblos y por la Justicia
de su causa que Dios defiende.*

(Dúo Sagrado del General
don José de San Martín
y el Magistrado Judicial
don José de la Torre Ugarte).

- Entre el 80 y 90 % de la población piensa que *no hay un trato igual para todos en la aplicación de las leyes, y que los jueces no son independientes.*

(Fuentes citadas.)

vii. El uso de la palabra “romance” (o de “la voluntad general de los pueblos y la Justicia que Dios defiende”) personalmente me haría descartar las posibilidades de tratarse de dos hermanos, dos amigos, padre o madre e hijo o hija, maestro(a) y discípulo(a). El permanente uso del singular en los casos subrayados en el párrafo anterior me haría descartar la posibilidad de que sean palabras de Jesús a sus discípulos. La mención de haber sido **tan sinceros**, sumada a la **típica insistencia inicial por parte de quien habla para que lo escuchen y la predecible resistencia a escuchar o a entender por parte del interlocutor** harían, independientemente o en conjunto, además de incomprensible muy poco probable, la posibilidad de que la situación se trate de la despedida de un condenado a muerte. Y la posibilidad de que se trate de las palabras del dueño de una mascota antes de ponerla a dormir para siempre, me parece francamente desquiciada y que ya raya en absurda. Pero, queda en limpio e intacta la posibilidad probable, verosímil y casi segura, de que se trata de dos amantes. Aunque no podemos saber

si se trata de dos personas del mismo sexo o de sexo diferente, ni si son solteros o casados, ni tampoco si son jóvenes o viejos, altos o bajos, gordos o flacos, fríos o ardientes, fecundos o impotentes, saludables o enfermizos, hermosos o poco agraciados, conservadores o liberales, inteligentes o brutos, instruidos o ignorantes, alegres o melancólicos. Solo sabemos —y es todo lo que importa— que se quieren con el alma y se han amado siempre desde que se vieron uno al otro. Y es en este punto que salta al aire la pregunta central. ¿Por qué, entonces, lo que dice de inmediato?:

*Nosotros
Que nos queremos tanto
Debemos separarnos
No me preguntes más.
No es falta de cariño, te quiero con el alma,
Te juro que te adoro y en nombre de este amor
Y por tu bien te digo adiós.*

Nos hizo falta tiempo...
(Armando Manzanero, cit.)

“*La voluntad general de los pueblos*” (en cifras):

- La informalidad legal, como promedio, aumentó, entre 1986 y 2009, del 48 % de la población a alrededor del 70 % como promedio.
- En 2009, el 75 % del PBI fue producido en desobediencia ordenada y pacífica de las leyes del Congreso de la República.
- En 2009, el 80 % de la fuerza laboral trabajaba fuera de la ley.

“*La Justicia que Dios defiende*” (en cifras):

- La media de aprobación ciudadana de la Justicia es solo 17%,

aunque en los cuatro primeros meses de 2012 se ha mantenido por encima del 20 %.

- Entre el 80 y 90 % de la población piensa que *no hay un trato igual para todos en la aplicación de las leyes, y que los jueces no son independientes.*

Pero, tanto autoridades, como las diversas ONG que trabajan en este tema se resisten a usar otros indicadores numéricos que los que se refieren a la actividad de las autoridades y no aceptan, ni quieren enterarse o utilizar, indicadores sobre el impacto real de la Justicia en la

comunidad. Y menos aún si se trata de amigos, que son buenos amigos de sus amigos *All the way*, como decía el flaco Sinatra.

viii. **¿Qué sentido podría tener esta contradicción tan tajante, terminante y definitiva, que se niega a sí misma con tanta determinación e inexplicable seguridad?** Quizás podría aclararse un poco más si la asociamos con otra afirmación en que la aparente contradicción puede resultar inesperada para el que la escucha y, probablemente, dolorosa en el alma para ambos pero que, no obstante, es necesario formularla en esos términos para que tenga sentido. Quizás la única forma que tenga un sentido sensorial coherente.

*Atiéndeme, quiero decirte algo
Que quizás no esperes, doloroso tal vez.
Escúchame, que aunque me duela el alma,
Yo necesito hablarte y así lo haré.*

*Nos hizo falta tiempo
Nos comimos al viento...*
(Armando Manzanero, cit)

ix. **La asociación de dos palabras, dos conceptos, o de dos grupos de percepciones sensoriales, es el paso previo a la etapa siguiente, que es más compleja y veremos de inmediato después de esta,** pero que ya nos puede ayudar para acercarnos un poco más a la situación que intenta comunicarnos el texto de los versos de este bolero que, obviamente están hechos con palabras en una estructura gramatical que las organiza, pero que no puede suplantar a la comunicación de una realidad sensorial, para la que necesita de nuestra ayuda como oyentes, lectores, testigos o protagonistas. Una forma muy eficiente de prestar esa ayuda y sea eficaz en su propósito, es tomar conciencia que, en lo que va del análisis del bolero, la identidad que ya hemos dado por descontada y es obvia, es que estamos trabajando hasta ahora con palabras y una asociación cerebral que vincula dos grupos de percepciones aparentemente contradictorias y opuestas. Y en este punto, también es útil observar o recordar, que las palabras intervienen principalmente en dos etapas del proceso elemental de cómo funciona el cerebro del ciudadano común, de un juez, de cualquier otra autoridad, y hasta de un candidato para ocupar una vacante o desempeñar un cargo público. Para quienes nos sometemos, sin temores, dudas, ni sentirnos humillados al ejercicio de esta prueba para entender mejor la situación que nos trata de comunicar el bolero “Nosotros”, las palabras han actuado como el estímulo sensorial (en clave) que ha desencadenado todo el proceso perceptivo sensorial por el que estamos atravesando. Pero no para los protagonistas o testigos en la situación sensorial que trata de comunicar el bolero, para quienes constituye un componente intermedio, casi al final del proceso perceptivo, y que por necesidad ha requerido de otro estímulo propio,

que fue el que le dio lugar y tratamos de determinar —hasta ahora sin resultados— y han sido dichas para provocar un propósito específico que solo se puede traducir en conductas de respuesta coherentes al estímulo que les dio lugar, después de haber sido propiamente percibidas, identificadas, administradas para llegar al conocimiento que han expresado en las palabras del bolero que interrumpió abruptamente la secuencia y nos dejó pensativos en medio un entorno poblado de chismes, conjeturas, datos confidenciales, secretos de familia, contactos y otras cosas más. Pero, lamentablemente, lejos de la verdad que le pedimos al amor. Porque sabemos lo que pasa, sin importarnos que sea absurdo. Para nuestra cultura nos basta que sea transitoriamente conveniente. No nos interesa en lo menor por qué pasó, ni para qué ocurrió. Este mismo ADN cultural es el vigente para la política, la Justicia y las leyes, que se repite como es natural e inevitable, también en nuestra percepción de lo que ocurre detrás de las rejas verbales de este bonito bolero cubano, que hemos interceptado a medio camino —como asaltantes de un ómnibus interprovincial— para saquear a los pasajeros y huir en la oscuridad de la indecisa ciudadanía enmascarada.

*Nos hizo falta tiempo...
Se fue de nuestras manos.
(Armando Manzanero, cit.)*

x. **Por lo que se refiere al estímulo que provocó la reacción expresada en las palabras de este bolero** (o en las de una denuncia ante las autoridades vigentes, antes de acudir en busca de auxilio contra la corrupción, más eficiente, o a la violencia, más efectiva) figura en la primera estrofa (o en las otras cifras que aparecen más abajo) y es interceptado, a medio camino, precisamente por estas palabras. De ellas es posible inferir, sin mucho esfuerzo, que se trata de algo grave, porque hay evidencia expresa que se trata de algo profundamente doloroso pero necesario decirlo para quien habla; y —para quien escucha— quizás sea inesperado, pero, tal vez, doloroso también:

*Atiéndeme, quiero decirte algo
Que quizás no esperes, doloroso tal vez.
Escúchame, que aunque me duela el alma,
Yo necesito hablarte y así lo haré.*

- **Entre 1980 y 2000, la suma de un grupo terrorista que cuestionó la legitimidad del orden legal reflejado en las cifras citadas sobre desobediencia pacífica, ordenada y productiva a la ley, y la pobre credibilidad de la Justicia; y la represión descontrolada de este grupo criminal, juntos, causaron más de sesenta y nueve mil muertos.**

“¿Sesenta y nueve mil muertos? ¡Putra madre!”

xi. El equilibrio en la ecuación de la relación que existe entre ambos no es equitativa ni se desarrolla en el mismo nivel. Quien habla exige con insistencia imperativa en su decisión a ser escuchado(a) de una u otra manera y manifiesta con determinación su necesidad de hablar —no obstante el dolor que le causa— y hacerlo a como de lugar. ¿Se atrevería? Por su parte, también es evidente que el (la) interlocutor(a) demuestra resistencia a escuchar lo que la otra persona necesita decirle. Un dato adicional que resulta útil en estas circunstancias es el hecho que quien habla considera que lo que va a decir puede ser inesperado y tal vez doloroso para quien lo (la) escucha. Características suficientes que permiten inferir (sin necesidad de recurrir a la famosa y manipulable “*Psicología del Testimonio*” que, como es típico, no explica su sustento sensorial, concreto y detallado; o se acoge a la muy cómoda y genérica fórmula inocua de “los testimonios que aparecen en el expediente”, pero —de nuevo— sin mencionar cuáles son, quiénes los prestaron y en qué parte de ellos figura el testimonio que atribuye el crimen al acusado) que la relación entre ambas personas no se desarrolla en un plano de igualdad, que puede ser sentimental, laboral, académico, económico, política, social o cultural. Cualquiera que sea el plano en que se desarrolle la relación, no hay un trato de igualdad entre ambos, aunque esta situación sea solo temporal. Pero el hecho que quien escucha pueda encontrar inesperado que la otra persona le diga algo tal vez doloroso, podría revelar que ya la toma por descontado y se resiste a escuchar lo que podría significar desde un desacuerdo a una rebelión, o de haber colmado su límite de tolerancia, que, evidentemente, no le interesa en lo menor al(a) otro(a) escuchar porque se cree en situación de ventaja. Pero, solo hasta que la persona que habla le comunica la inesperada decisión para quien ya había dado por descontada su sumisión cómplice:

*Nosotros
Que nos queremos tanto
Debemos separarnos*

(o “El criterio de conciencia y la libertad razonada del Juez para evaluar la prueba”, y entre el 80 y 90 % de la población piensa que “no hay un trato igual para todos en la aplicación de las leyes, y que los jueces no son independientes”.)

Entonces es que recién intenta preguntar y recibe la también tajante, dolorosa y terminante respuesta, igualmente inesperada:

No me preguntes más.

(O, sus equivalentes judiciales, no en el fondo del asunto sino procesales, como en: “*Vistos,*

el artículo del Código Civil que... la Psicología del Testimonio... y lo que aparece de lo actuado en el expediente... se declara la nulidad, inadmisibilidad, improcedencia, prescripción o caducidad del reclamo en contra de los magistrados a quienes se ha denunciado como responsables por el delito de... violación de los derechos humanos en contra de...”)

Y en ambos casos, la solución resulta siempre siendo: “*Caducó la Acción! o ¡Cosa Juzgada!*”

Sin embargo, la respuesta en la letra del bolero también deja, explícita y ostensiblemente, la puerta abierta para una rectificación o corrección de lo hecho por la misma parte que no quiso escuchar, pero insiste en preguntar cuando cambió el escenario que había previsto y ya daba por descontado, porque aclara:

*No es falta de cariño, te quiero con el alma,
Te juro que te adoro y en nombre de este amor
Y por tu bien te digo adiós.*

(O sus respetable equivalentes, en frases como: “Es un tema serio que se tiene que investigar, pero con mucha ecuanimidad...”, “...pues de por medio está la honra de un funcionario del Estado...” y que —solo cuando se trata de un amigo— “...tiene que ser investigado con ecuanimidad y sin sacrificar la presunción de inocencia”.

La última frase es contundente para revelar lo que ocurre, y tiene muy altas probabilidades de ser cierto:

...en nombre de este amor y por tu bien te digo adiós.

(O su equivalente judicial en: “se condena a N.N. a XX años de cárcel por... tener miedo al escándalo y a lo que diga la gente si lo absuelvo, como le pasó al pobre Barreto por honesto y recto”, por citar un ejemplo.)

Frases que revelan la probable intención conminatoria de estas frases dolorosas para los dos e inesperadas para el interlocutor, en que una de ellas necesitaba decir algo para corregir lo ya hecho, y la otra se resistía a escuchar. Esto, hasta que cambió el escenario previsto, y recién entonces intentó conversar, preguntando pero en vano, porque en su vida todo había quedado siempre y solo en palabras... más palabras y palabras...

*Nos hizo falta tiempo
Para que te convenciera...
(Armando Manzanero, cit.)*

*Todo aquí me es vedado,
Y yo soy pues la presa de mi deseo tórrido y confuso.
...¿Es la embriaguez de la savia? ¿Soy puro?
¡No lo sé! Todo sobre la tierra es oscuro:
Y esto es mejor todavía ¿Es necesario, pecho mío,
Que encuentres pruebas de mujer?
¡Si los besos tuvieran heridas ya se sabría!
Mas yo lo sé. ¡Mira, Oh, Pan!, examina los testimonios del goce.
Admira en mis dedos la extraña mordedura
Que revela los dientes femeninos
Y mide la dicha de la boca donde florecen sus dientes.
(Stéphane Mallarmé, “La Siesta de un Fauno”)*

xii. Siento, sin embargo, que de alguna manera, y, no obstante ir por buen camino, todavía estoy parado o avanzo sobre zancos conceptuales, sin poner bien mis dos pies sobre la tierra sensorial. Hemos llegado juntos a dibujar un diagrama de una situación posible que podría ser probable o, quizás hasta la más probable. Pero, aún así, no logro percibir sensorialmente, por dentro, cómo una o varias otras posibilidades, también probables, puedan satisfacer y convertir la medida del diagrama —porque después de haber sido solo signos en palabras son ahora un diagrama— una reproducción esquemática de la realidad pero que no es la realidad- con una identidad sensorial claramente definida en una imagen que es reconocible. Es como descender al infierno formal, donde las palabras viven encadenadas a sus signos cifrados, y rescatarlas de su vida conceptual o abstracta para llevarla con nosotros al paraíso sensorial en que recobran su inocencia original de percepciones con las que debemos realizar el último esfuerzo para devolverlas como palabras pronunciadas o escritas en un contexto y una secuencia que pueden descifrar la clave de su salvación y sentido, como a las del bolero “Nosotros” en toda la dimensión de su contexto tridimensional y temporal completo que las explica y nos permite exprimirles el jugo como hipótesis concretas, que nos arriesgarnos a presentarlas en una tesis, que se aventura a una teoría en que nos jugamos la vida entera en el examen y análisis de sus dimensiones, secuencias, frecuencias e intensidades para descifrar la clave de una interpretación posible, probable, verosímil y comprobable, en la que, por supuesto, el error y el azar son también parte natural del curioso y divertido juego de vivir en serio. Veamos, si no:

*No juzguen a otros...
sino por sus acciones
...He venido a poner al hombre
contra su padre,
a la hija contra su madre
y a la nuera contra su suegra...
¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?
Quien hace la voluntad de mi Padre,
ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.
(Mateo 7 y 12)*

xiii. Tengo claro, para mí, que el sentido de las primeras palabras del bolero no se pueden tratar sino de una conminación imperativa, perentoria y desesperada que, como último recurso para manipular a su interlocutor, se disfraza de ultimátum que deja un resquicio de la puerta entreabierta a la posibilidad de que la otra persona se sienta forzada a tomar una opción ética, imposible para quien no ha desarrollado las destrezas y habilidades necesarias, y cualquier opción le representa siempre optar entre la espada y la pared, porque la otra persona rechaza enfrentarla y mirarla directamente a los ojos, debido a la inseguridad que alimenta su miedo y lo lleva por irresponsable negligencia a desbarrancarse en la violencia, el crimen y la patética debilidad que la hace vulnerable y presa de manipulaciones por cualquiera que le ofrezca un mendrugo de seguridad, una migaja de certidumbre y una gota de orientación para confirmarle que es verdad lo que ya ve, oye, huele, toca y saborea, pero que, sin embargo, necesita que otro se lo diga para dormir tranquilo y sin preocupaciones. Porque quien le ha dicho lo que él ya había visto y sabía, lo sabe todo. Él o ella son la autoridad y eso basta para calmar toda desazón. Sin embargo, no tengo igualmente claro, todavía cuál es la naturaleza, sensorial del dilema que está pendiente de resolver y que mantiene desvelado al enigma solitario, sufriendo solo en completo abandono:

Primero: ¿Es una situación entre dos personas, en una relación que es exclusiva y excluyente; o, en otras palabras, hay un(a) tercero(a) en discordia?

Segundo: ¿Se trata de la negativa a admitir públicamente una relación o de reconocer la filiación del producto de esta?

Tercero: ¿Se trata de evadir una deuda u otra obligación comercial, y miente o trata de huir para lograrlo?

Cuarto: ¿Se trata de haber cometido un delito e intentar huir para no enfrentar las

consecuencias de su crimen ante la Justicia, intento que tomaba por descontada la participación y silenciosa complicidad de la otra persona que, al descubrir la verdad, le exige con imperativa suavidad entregarse a la policía, asumir su responsabilidad hasta rehabilitarse cumpliendo su condena, para lo cual lo amenaza anunciándole que no va a acompañarlo, ni ser cómplice suyo de un crimen, empleando las palabras del bolero? ¿Tendría esta interpretación, posible y probable, algún sentido guiándonos por lo que parecen decir las palabras del texto del bolero?

(Más o menos como si estuviera diciendo algo parecido a una situación doméstica equivalente a: “¡Si no terminas hasta el último bocado en el plato, y terminas tus deberes, no vas a salir a jugar con tus amigos!”) Volvamos, entonces, a revisar todo el texto en su conjunto, y en especial, su descripción de las secuencias para apreciar mejor la situación propuesta, más que como una hipótesis de trabajo o una tesis, ya como una teoría que expone este ensayo para comprobar la posibilidad, probable y verosímil de la realidad sensorial de la situación que está más allá, y detrás de la letra del bolero:

*Atiéndeme, quiero decirte algo
Que quizás no esperes, doloroso tal vez.
Escúchame, que aunque me duela el alma,
Yo necesito hablarte y así lo haré.
Nosotros
Que fuimos tan sinceros
Que desde que nos vimos
Amándonos estamos.
Nosotros
Que del amor hicimos
Un sol maravilloso
Romance tan divino.
Nosotros
Que nos queremos tanto
Debemos separarnos
No me preguntes más.
No es falta de cariño, te quiero con el alma,
Te juro que te adoro y en nombre de este amor
Y por tu bien te digo adiós.*

Como después de acordado da dolor...
(Jorge Manrique, “Coplas”)

*Una vez terminado
el año,
procedo a recoger
mis cosas nuevas...
hago al compás
de charlas amistosas
el recuento del año...
todo se fue
rápidamente,
no hubo tiempo
para la cosecha,
ni para sembrar el trigo...
(Javier Heraud, “El Viaje”)*

*Mira que hizo falta tiempo.
(Armando Manzanero, cit.)*

xiv. **Confieso** que —si bien es posible desarrollar este análisis con detalle más prolijo y minucioso, hasta dejarlo desmenuzado y limpio de toda posibilidad borrosa— el tono predominante en el conjunto global del texto me obliga a poner en la balanza, el tiempo y trabajo que tomaría hacerlo satisfactoriamente para cumplir con un estándar científico aceptable —que es como se debe y es posible hacer— resultarían exagerados para el propósito de este rito de iniciación a la vida sensorial que es el de llamar la atención sobre la deficiencia sensorial endémica en culturas de autoridad —porque es estimulada artificialmente— es nefasta, muy dañina, y fácil de corregir empleando métodos más directos, culturalmente agresivos, más modernos y comprobadamente más efectivos para la reeducación de adultos, a los que —sin embargo y sintomáticamente— nadie quiere prestar atención ni menos dedicarle parte de su tiempo que, para casi todos los más afectados, es engañosamente valioso. Porque esta deficiencia perceptiva sensorial y la incoherencia —que le sirve de asistente, chaperona o dama de compañía— es parte muy importante de cómo —solo por falta de un entrenamiento sensorial adecuado a la realidad sensorial del entorno— el sistema judicial está estancado, hace no menos de una década —siendo muy caritativo— en las mismas cifras que muestran todos los indicadores. Solo por su insistencia en aplicar métodos que no funcionan ni pueden funcionar en la práctica de un país y cultura que, como los nuestros, ignoran porque no perciben la realidad contigua e inmediata, que no pueden siquiera identificar ni menos administrar adecuadamente para llegar a una comprobación válida que les permita actuar con aceptable coherencia en respuesta a pomposas abstracciones que proclaman con arrogancia, porque prefieren esconderse en la tranquila seguridad de un exclusivo mundo

verbal, conceptual y abstracto que —dudo si por pudor, inhibición por su inseguridad interior, o miedo no declarado— se resisten a descifrar en público. Por todo eso, y por mucho más, que hemos visto en esta introducción y seguiremos viendo en los próximos capítulos de este libro, me inclino por optar a favor de la cuarta hipótesis, que considero la posibilidad más probable. Pero que, a falta de otra evidencia que la corrobore, esta probabilidad deja aún resquicios suficientes que permiten más de una duda e impiden a un ciudadano responsable, entrar sin miedo, evasivas, generalizaciones prejuiciosas ni abstracciones inaccesibles, y condenar —sin los estándares establecidos por el Tratado de Roma y por los Estatutos de la Corte Penal Internacional— a quien este resquicio de duda razonable impide derrotar irresponsablemente por su presunción de inocencia y por la duda que lo favorece por derecho. Condenarlo de esa manera, ya no sería un error judicial, sino una abierta violación de sus derechos humanos y sus garantías constitucionales que son irreversibles, porque se aplican a todos por igual: para amigos y enemigos y para todos los ciudadanos anónimos desconocidos. Porque, ninguno de nosotros, los que somos libres y nos queremos tanto, es un papel en blanco cuando percibe la realidad de los estímulos que recibimos desde el entorno —ya sea directamente o en mensajes cifrados— sino un paisaje dibujado a medias, sobre el que cada nueva percepción registra su huella que se funde en el paisaje dominante que le sirve de alojamiento y está en perpetua transformación mientras vivimos, ya sea para someternos a él para siempre o para conmocionarlo por la suma total de percepciones identificadas y bien administradas que se acumulan en una determinación decidida para convocar a una muchedumbre invisible, que vive dentro de nosotros y, con su apoyo, rebelarnos de una vez por todas, de la enfermiza, patética y ridícula cultura autoritaria que pretende amamantarnos con su inseguridad, su miedo, su incoherencia, desorientación e indecisión en los momentos más graves. Es por eso que, aunque hemos llegado a solo una sospecha, que es posible, probable y verosímil, la sensata, divertida y paciente explicación de la señora del Alcalde a su esposo, para hacerle entender bien y aprender de la realidad sensorial inderogable —que está al fondo de toda palabra, frase, situación, misterio, enigma absoluto y abstracción total— nos deja muchas lecciones y esta es una de ellas.

xv. Sin embargo, Eduardo García, que es un íntimo amigo mío, tan inteligente como reflexivo y muy querido, me ha propuesto otra situación como hipótesis de trabajo diferente para una tesis que intenta descifrar la letra del bolero de otra manera y promover su discusión en este ejercicio de ciudadanía perceptiva: “Se trata de dos personas, mutuamente sinceras, que se amaron desde que se vieron y comenzaron a vivir un romance tan divino que los hizo sentir iluminados por un sol maravilloso. Pero, su desgracia fue que ninguno sabía que eran hermanos. Las palabras del bolero son las de uno de ellos al enterarse que su amor era ¡incestuoso!, y decide que aunque no es falta de cariño, porque quiere al otro con el alma y jura que lo adora, en nombre de ese amor, y por su bien, deben separarse y le dice adiós”.

Una revista inglesa muy prestigiosa y seria que se publicaba en el siglo veinte, cuyo nombre, *Encounter*, reflejaba la variedad y riqueza de argumentos y puntos de vista en un número que la revista dedicó al tema: “¿Qué tiene de malo el incesto?”. Contribuyeron personas muy importantes en diversas disciplinas y de varias partes del mundo, con artículos y ensayos de contenido ético, científico, histórico, político, económico y legal muy rico. Sin embargo, tratar el tema en esta oportunidad desviaría innecesariamente la atención y sería una fuerte interferencia sensorial —tema que se verá en el capítulo sobre interferencias— con el tema específico de esta iniciación. Y aunque no se trató de otro incesto sino de otro problema parecido, hay una historia familiar por mi lado materno, que don Ricardo Palma hizo conocida y fue objeto de varios libros más. Mi tía tatarabuela “La Monja Gutiérrez”, prima de Flora Tristán y madre de una hija “sacrílega” según la ley entonces vigente. Y esto refuerza la afirmación de que el tema no me asusta, pero no es el sitio ni el momento para discutir sobre él, dadas estas circunstancias. La tesis e hipótesis en que se basa mi amigo son, racional y lógicamente, impecables. Podría llamar perfectas porque se ajustan al detalle de los versos del bolero. Pero, si también nosotros fuéramos perfectos. Pero no somos animales racionales sino afectivos —enamorados— que usamos herramientas como la razón, el lenguaje, la palanca o la computadora como herramientas que complementan nuestra motivación, esfuerzo o empeño pero no son lo mismo que una mano, un brazo o dos ojos negros y dos labios rojos. Por eso, y no obstante la nítida perfección de su argumento, se me hace difícil verme en la situación que Eduardo propone, sin compartir con la otra persona la naturaleza del problema que enfrentan y es la misma solución que propone el bolero al problema que enfrentan. “Debemos separarnos” (como pareja, se entiende) está fuera de discusión; pero “Te digo Adiós” y, peor: “No me preguntes más”, los siento de una crueldad y egoísmo que inaceptables en una relación entre dos personas sinceras que se quieren tanto, amándose desde que se vieron por primera vez. Tampoco sería una conducta aceptable para una autoridad o un ciudadano. Pero, lo que más me impresionó es que Eduardo, ingeniero civil y empresario, fue el único que, en más de diez años de talleres y cursos de capacitación para trabajos de campo en varios países de habla española, pudo encontrar una hipótesis impecable y completa, aunque personalmente discrepe de ella. Fue un ciudadano que la llegó a formular, no un jurista, juez o abogado que todavía no han llegado a ser ciudadanos y dan sentido a la falta de respuesta que expresan las cifras que acompañan la letra del bolero, en esta parte de iniciación a la vida, la libertad, las leyes y la justicia sensoriales. ¿Si no entendemos siquiera la letra de un antiguo bolero popular, qué diablos vamos a entender el significado de todo lo demás en el complicado y desigual paisaje que presenta el Perú en el siglo XXI?

xvi. Por eso —aunque hayamos llegado solo a una o dos sospechas, en hipótesis de trabajo que son posibles, probables y una de ellas, en mi opinión, más verosímil que la otra, que tampoco es imposible— la sensata, divertida y paciente explicación de la señora del Alcalde a

su esposo para hacerle entender bien y aprender de la realidad sensorial inderogable que está al fondo de cada palabra, frase, gesto, situación, misterio, enigma absoluto, abstracción total o patrón de conducta —es decir cultura— nos deja muchas lecciones que aprender en el Perú de nuestro tiempo.

d) Las lecciones por aprender —en culturas autoritarias, mecanizadas, automatizadas o comercializadas— de la lectura de las palabras simples y claras en el bolero “Nosotros”.

Primera. Para tomar una decisión seria y responsable es un riesgo guiarse por rumores, chismes, o comentarios de gente muy enterada por sus contactos, sin haber comprobado su verdad sensorialmente, con sensatez, después de conocer la versión de personas interesadas o afectadas por la decisión que sostienen otra opinión con fundamentos que es prudente evaluar para no cometer errores innecesarios.

Segunda. Debido a un atolondramiento artificialmente provocado y estimulado por nuestro desinterés, indiferencia o irresponsabilidad, no tomamos debida conciencia que la gran mayoría de percepciones que hoy recibimos desde el entorno —en una comunidad del siglo XXI pero en desarrollo desigual— no son percepciones directas sino en claves de signos alfabéticos o en números que —en el mejor de los casos— son solo símbolos, compendios o resúmenes que agrupan cientos, miles o hasta millones de percepciones directas, que son afines y ayudan muchísimo para acercarnos a la verdad sensorial, pero que no puede usurpar la función y reemplazar a las percepciones que recogen de la realidad nuestros sentidos, no obstante sus limitaciones e imperfecciones que los afectan y hacen vulnerables para cometer errores que, por lo menos, son errores propios que nos dejan una lección, porque podemos medir y evaluar lo que fue mal.

Tercera. Por eso, considerando la realidad de la situación que está detrás y de las palabras en el bolero “Nosotros”, es muy poco probable que se trate de una historia profundamente triste, nostálgica, llena de sacrificio y abnegación. Porque basta sentirla personalmente, en lo más profundo de nuestros sentimientos, para que resalte su falta de naturalidad, de autenticidad y su mucho más probable falsedad manipulada por lo absurdo de su renuncia, su ostensible abnegación cosmética, y en todo caso equivocada de comprobarse haber sido cierta, así como el inútil sacrificio —que más parece una excusa, o síntomas de su inseguridad, incoherencia y desorientación—, solo por la insistencia en vivir una realidad artificial, paralela, y lejos de la realidad sensorial que revelan las palabras de esta historia.

Cuarta. La historia que de acuerdo al texto parece más probable —porque se ajusta mejor al texto, contexto, secuencias, frecuencias e intensidades que se pueden percibir de los versos en ese bolero— es que son palabras que reflejan el proceso sensorial de un dilema crítico e irreconciliable entre el amor verdadero y la responsabilidad madura de un ciudadano libre,

como respuesta ejemplar de la firme determinación para optar por el amor verdadero, que no puede ser cómplice ni encubridor de un crimen ni actos de corrupción o de una violación de derechos humanos que comete un ser querido o un amigo valioso y admirado que, por ese hecho, merece un trato especial y diferente al de cualquier otro ciudadano común. Por ejemplo, al justificar un acto libre y respetable pero injustificable por ser incompatible y representar un conflicto de intereses, o amenguar con el eufemismo “indebidas referencias personales”, la instigación a cometer una discriminación que violan derechos humanos y garantías constitucionales que protegen tratados internacionales; o, en desproporcionado contraste, inflar como un globo aerostático gigante una falta de decoro lícita —un desnudo justificable en las circunstancias— y sancionarla con una grave amonestación o una falta una severa llamada de atención, que es mucho menos grave que instigar a una discriminación que viola derechos humanos del agraviado, con la cita del argumento esgrimido por otros, que “no es lo mismo una mujer desnuda que una chola calata” (sic).

*¡Olvidémoslas! ¡Otras muchas me vengarán,
El cabello a los cuernos de mi frente enredado!
¡Soy feliz! Aquí todo se ofrece, de la abierta granada
Hasta el agua desnuda en su paseo.
Mi cuerpo, iluminado por Eros en la infancia,
¡Esparce los bermejos fuegos del viejo Etna!
A la noche, boscajes en signos de cenizas,
La carne pasa y arde en muriente follaje
Y en secreto se dice que la espléndida Venus
Deseca los torrentes al ir con pies desnudos
¡En las tardes sangrantes de rosas por sus labios!
(Stéphane Mallarmé, “La Siesta de un Fauno”)*

e) Sin embargo, estas ocurrencias también pueden servir para revelar la secreta identidad ética de un ciudadano libre y responsable, que guarda sus prejuicios sobre la igualdad ciudadana escondidos debajo de la manga; o, llamar la atención sobre el largo número de personas libres y honestas, que viven prisioneras condicionadas por el efecto Pavlov, a causa del cual el eje de su identidad ética y ciudadana ante las leyes, y la Justicia vibra, gira y varía según cada persona sea amiga o desconocida, o cada coyuntura sea favorable o desfavorable a los propios intereses y cada palabra que dice esté aferrada al único salvavidas que la protege con su ostensible incoherencia que lo incapacita para dialogar —en público o privado— seriamente y con disciplina, sobre nada que sea serio e importante porque, como dice —

con fundada autoridad— la crema y nata de los mejores educadores jurídicos que hay en el país, esto “no es práctico”, porque aunque “hay que hacer un escarmiento ejemplar con los corruptos”, “una cosa es la teoría y otra la práctica”, ya que esto “no lo compone nadie ni en doscientos años” y, como todos los entendidos saben demasiado bien: “ todos son unos mediocres”.

“Pero si, honestamente quieres enterarte de la verdad, recuerda esta otra historia también graciosa, pero que esta vez no es a costa tuya sino de los abogados, porque también puedes aprender de ella la próxima oportunidad en que tengas que escoger entre varias opciones, ya sea como alcalde, juez, o un ciudadano común más perdido entre la muchedumbre anónima, cuando ya nadie se acuerde que una vez fuiste alcalde de este pueblo y musa de cientos de chistes que nos hicieron reír a caquinos. Ahora eres un empresario agrícola que al finalizar tu mandato como alcalde necesitas este consejo que, aunque fue muy elemental, te puede servir igual que el de esta otra historia que es la última que te voy a contar pero es solo otro chiste para tomarlo en serio:

f) **Cómo quedar bien con todos e influir sobre las personas:** “Un empresario que enfrenta un problema busca, primero, a su contador y le confía su necesidad urgente de saber cuánto es dos más dos. A lo que el contador le contesta de inmediato que la respuesta es muy fácil, ¡casi elemental! ‘Dos más dos no pueden ser sino ¡cuatro!’ Pero el empresario queda insatisfecho con la respuesta del contador, que le parece muy precipitada, y sale en busca de su ingeniero al que le hace la misma pregunta. Pero el ingeniero es mucho más reflexivo y frío que el contador y se toma todo el tiempo necesario para hacer los cálculos necesarios y entender bien el problema de manera que pueda explicarle claramente la solución que ha encontrado y que es muy simple. Para el efecto, limpia su mesa de trabajo y pone cuatro palos de fósforo sobre la mesa. Luego los junta en dos grupos de dos palos cada uno y cuenta en voz alta cada uno de ellos: ‘Uno y dos’, y ‘uno y dos’. Después, y sin mover ninguno de los palos, los vuelve a contar pero esta vez de corrido y dice: ‘Uno, dos, tres, cuatro’. En conclusión: ‘está demostrado que dos más dos son, indudablemente ¡cuatro!’ Y esta vez queda el empresario mucho más impresionado que con la respuesta del contador. Pero tampoco queda completamente tranquilo ni totalmente satisfecho con la muy clara exposición demostrada por el ingeniero. Y, en el límite de su desesperación, se anima a salir en busca de su abogado a quien, confidencialmente, le confía el mismo problema. El abogado, después de escucharlo atentamente con la mirada fija en el suelo y el ceño fruncido por la intensa concentración que pone en todo lo que el cliente le dice, al terminar este de hablar, se levanta bruscamente, se dirige a la puerta para comprobar que esté bien cerrada, se asegura de bajar las cortinas en todas las ventanas, para evitar miradas indiscretas, acercarse al cliente y preguntarle en voz muy baja al oído: ‘Con toda confianza, y solo entre nosotros: ¿Cuánto quiere usted que sumen? Simplemente me lo dice y ¡delo por hecho!’. Y esta vez sí que, por fin, el atribulado empresario, cliente importante o alto

funcionario público, quedó completamente tranquilo y satisfecho, porque en una cultura desigual, poco transparente y autoritaria —para todos los efectos—, matemáticos, abogados, empresarios, funcionarios públicos y el ciudadano común son siempre uno más uno y uno más uno —todos son iguales— y siempre dos más dos suman cuatro, en una democracia auténtica, en que las leyes las desobedece el 75 % de la población y en que la Justicia cuenta con la entusiasta y determinada aprobación de nada menos que el abrumador entre 17 % y 29 % de la ciudadanía libre e independiente, en todo el territorio nacional”.

*La Oruga y Alicia se estuvieron mirando largo rato en silencio. Por fin, la Oruga, quitándose la pipa de la boca, se dirigió a Alicia con una voz lánguida y somnolienta:
¿Se puede saber quién eres?
(Lewis Carrol, Alicia en el País de las Maravillas)*

*No estoy muerto.
Sin embargo,
entre tarde y tarde
cuando vibran
los soplos
del silencio
abro mi corazón
al conjuro
del viento
y la palabra,
y construyo...
(Javier Heraud, “El Viaje”)*

4. Pero, aún así, y no obstante todas las apariencias, las hipótesis mencionadas en este Preludio sobre lo que dicen las palabras del bolero “Nosotros”, no son necesariamente lo que quisieron decir o lo que pudieron decir, ni tampoco nos explican el estímulo sensorial que las motivó para percibirlo y decirlo de esa manera tan particular que es única para cada individuo. Porque, todavía no sabemos por qué ni para qué fueron dichas por el autor y compositor.

No, no están cerradas.

*Mejillas y mi cuerpo de placer aturdido
Sucumben a la antigua siesta del mediodía.
Durmamos...
Sí, durmamos: sonaré en mi blasfemia sin crimen,
En el musgo marchito, pues me place abrir la boca
Al gran sol, padre de los vinos
(Stéphane Mallarmé, “La Siesta de un Fauno”)*

a) La versión más reciente sobre el estímulo que motivó las palabras de este bolero, según el artículo escrito por Arnaldo Varona, y publicado en *La Prensa* de San Diego, confirma los antiguos rumores, que corrían sobre el joven compositor, natural de Pinar del Río, de que con solo 23 años estaba enfermo mortalmente de tuberculosis, que en esa época (1940) no tenía cura. Según la crónica de esos tiempos que ha recogido el señor Varona, el bolero refleja la desesperación de dos amantes cuya dolorosa relación amorosa no llegó a consumarse y tuvo un final trágico con la muerte de su autor, el joven compositor Pedro Junco. Ella era una joven alta y hermosa, de largos cabellos negros, dulce rostro y ojos expresivos. Según esta versión, la joven —entonces de 20 años— todas las tardes salía del colegio de monjas al que su familia la había enviado como interna, para ir a estudiar al Instituto de Segunda Enseñanza donde también estudiaba el joven compositor. Al poco tiempo, los jóvenes se enamoraron, viviendo su idilio a escondidas de la familia de la muchacha, que consideraba como pecado la fama de bohemio del compositor. Pasando los días, Pedro Junco comprendió que su amor por la joven era imposible y tenía que actuar inmediatamente ante lo sano y hermoso de ese amor. Como despedida, el joven compuso el bolero, que fue una hermosa página de renunciación y de profundo dolor. Pedro Junco murió en 1943, un año antes que terminara la larga primera dictadura del general Fulgencio Batista en Cuba y entregara el poder al candidato que resultó electo democráticamente, Presidente Grau San Martín. En esa ocasión, yo estaba embarcado, como cadete del Colegio Militar Leoncio Prado, en nuestro buque insignia, el antiguo Crucero Almirante Grau, y desfilamos por las calles de La Habana con ocasión del cambio de mando. Antes y después del cambio visitaron el buque —con los honores correspondientes al cargo oficial que desempeñaban entonces— los dos presidentes, quienes saludaron, uno por uno, a todos los oficiales y cadetes en el buque. Antes de zarpar sin previo aviso del puerto, debido al obligatorio secreto sobre la fecha u hora de zarpe, impuestos por la Guerra, el buque insignia ofreció una comidaailable en que la orquesta, ubicada en la cubierta de popa, nos dio a conocer este bolero que trajimos como novedad al regresar a Lima. Mientras tanto, nos cuenta la crónica que ella guardó luto por su amado por más de 10 años. Pero, menos de dos años después de asumir el mando, el Presidente Grau San Martín fue derrocado y fue sustituido por otro presidente democrático, Prío Socarraz. Y dicen que ella guardó luto hasta

1953, cuando el General Fulgencio Batista ya había regresado de nuevo al poder, después de los gobiernos de Grau San Martín y Prío Socarraz, respectivamente. Cuando, en abril de 1957, pasé nuevamente por La Habana, de regreso de un postgrado en Inglaterra, ya Fidel Castro luchaba en Sierra Maestra y el General Batista tenía sus días de gobierno, tiránico y corrupto, contados.

b) Pero no puedo evitar el sentimiento de que esta historia, que puede ser auténtica, se haya dramatizado y hasta convertido en un melodrama, en contraste con el significado que aparece solo de la letra del bolero. Contraste que se hace mucho más fuerte si comparamos su texto con el del vals peruano por Luis Molina, en que el estímulo que motiva su respuesta es la misma enfermedad que la que describe la crónica recogida por Arnolando Varona y atribuye a los versos del bolero por Pedro Junco. El título del vals peruano “El Tísico”, definitivamente no suena romántico ni tampoco poético, en absoluto, pero inspira mayor credibilidad por su seca madurez y por la transparencia que se percibe en sus duras pero más generosas palabras en respuesta a la misma enfermedad, pero en otras circunstancias que se pueden advertir, aunque también en otra hipótesis:

*No me beses que estoy muy enfermo,
No me beses te pido por favor,
Hace tiempo no como ni duermo
De pensar en este cruel dolor.
Mucho tiempo ya llevo postrado
En la cama de un hospital,
Ya la ciencia me ha desahuciado,
Contagioso y malo dicen que es mi mal.
Ser tísico es mi mal, horrible es mi dolor,
La ciencia no puede salvarme.
Sin saber quién será el dueño de tu amor
Para poder consolarme.
Ya no vengas, no vengas a verme.
Hoy siento en el pecho un fuerte dolor,
Ya estoy frío, no puedo moverme,
Tápame la cara, hazme ese favor.*

c) Pero, claro, una canción popular, un poema o una obra de ficción no son una crónica fiel —periodística o histórica— de un evento o de un hecho público narrados con la precisión que exige el mismo rigor científico que la crónica de un hecho reciente, conflictivo y más complejo, como las reformas que se requieren en un orden legal o un sistema de justicia

que reciben muy pobre aprobación ciudadanas Pero todos los ejemplos en este ejercicio de introducción son resultado de procesos fisiológicos comunes a todos los organismos con vida y que en la macrofauna de los mamíferos y vertebrados se desarrollan en un cerebro que tiene las mismas funciones elementales y semejantes en todos los individuos de la misma especie animal a la que pertenecen y son, básicamente: i. la conciencia de la presencia de estímulos sensoriales en el entorno; ii. la limitada percepción que podemos captar de esos estímulos; iii. la identidad que reconocemos en cada percepción; iv. la limpieza de las interferencias que afectan a nuestras percepciones y les impide un mejor desempeño sensorial; v. la administración eficiente de nuestras percepciones; vi. la transmisión de los conocimientos y experiencias que comunicamos a otros en una inmensa variedad de lenguajes sensoriales —directos o en clave—, y vii. actos de conducta o patrones culturales que son la única respuesta coherente que podemos dar a cada estímulo sensorial que nos presenta el entorno como desafío diario. En el caso del bolero y del vals que mencionamos en este preludio, la tuberculosis no es la experiencia que define a cada autor, como a cada ciudadano e individuo. Porque es la reacción de respuesta que cada uno de nosotros damos a una misma experiencia y es única en cada individuo, la que revela nuestra verdadera identidad. Es sobre este largo proceso simultáneo, porque es cultural, ciudadano, económico, judicial, legislativo, político, fisiológico y cerebral, de lo que trata este libro, que creo que se debe leer como se escribió, mirando desde dentro de uno mismo pero hacia fuera, a la autenticidad de nuestra interacción con la realidad del entorno que nos rodea. Y así, la distancia sensorial entre el incidente real que dio lugar a muchas bromas por parte de sus amigos, a costa del Luis Enrique real, que inspiró el vals “El Plebeyo, y la letra del vals que conocemos. O, entre la insospechada historia verídica que dio lugar a los versos y música del vals “Corazón” por Luis Humberto Sotomayor. En ambos casos, como en todos los demás, son casi irreconocibles. Porque no se trata una crónica detallada y pormenorizada de los sucesos que les dieron lugar, sino el resultado de un diario y muy complejo proceso sensorial, del que no siempre somos totalmente conscientes, del que dependen nuestra libertad, nuestras opiniones, la voluntad general de los pueblos, y las decisiones que determinan la eficiencia social y el prestigio en la comunidad del impacto social, económico, político y cultural que produce la justicia que Dios defiende.

*....el agua hablaba al agua en sus fuentes primeras
Cuando una melodía con sus notas arrulla...*

*Mi juventud fluyó por las flautas. Brindaba
A la flor entreabierto música que el fresco
Aliento de la noche vertía en dulce lluvia...
Pero, en este ensueño animal, yo sentí
Mis dedos, de abatida voluntad, recargados
Por un limo guardado por mi estático aliento...”*
(Stéphane Mallarmé, “La Siesta de un Fauno”)

Recibido: 17/08/2012
Aprobado: 15/09/2012



Gestación.